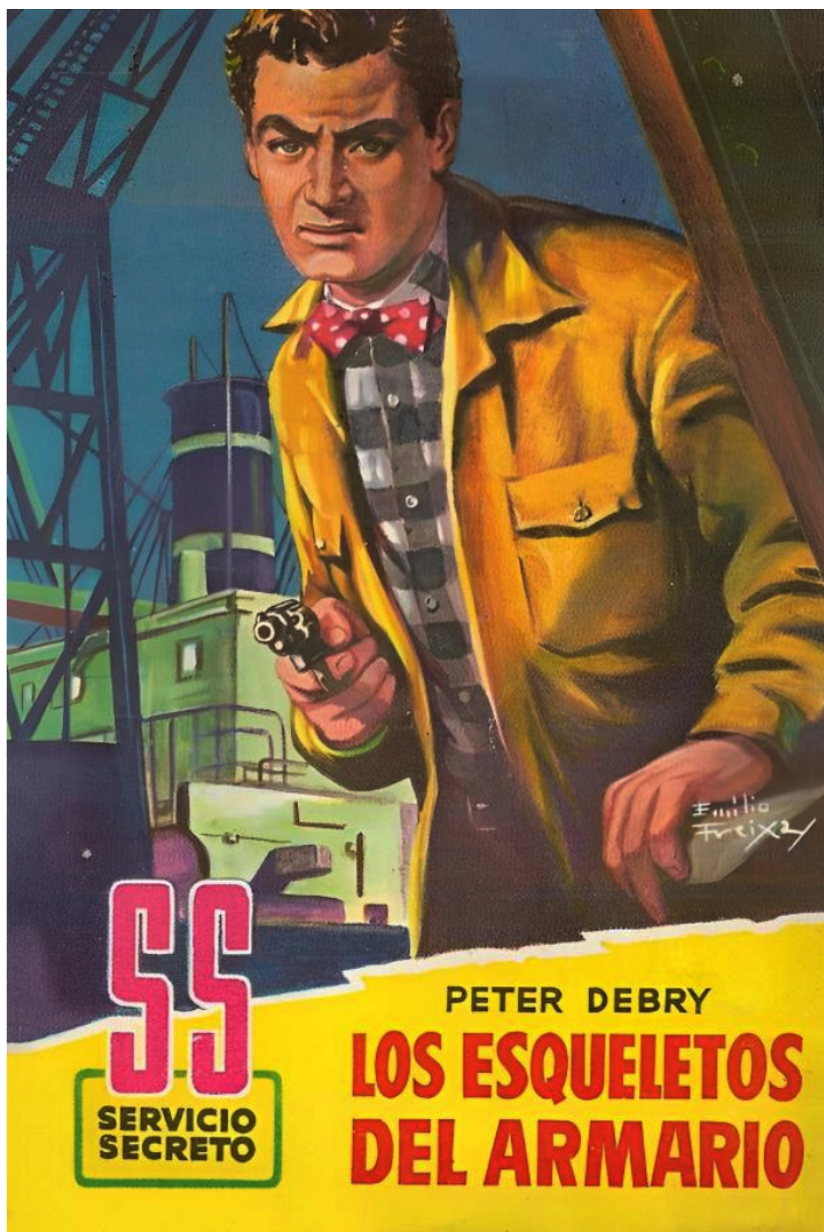

Emilio Freixas
SS
SERVICIO SECRETO
PETER DEBRY
LOS ESQUELETOS DEL ARMARIO

PETER DEBRY

Los esqueletos del armario

1ª EDICIÓN
JULIO – 1956



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

 FRANCISCO BRUGUERA – 1956

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

132. - El plan erizo.
13. - El gang del medio ros-tro.
15. - Testigos siniestros.
197. - Operación Caimán.
199. - Héroes sin nombre.
201. - Piratas de frac. **203**. - Agencia de secuestros.
220. - Tres fantasmas.
249. - Rescate en Tonkín.
263. - Ron amargo.
265. - La muerte sobre ruedas.
274. - Horizontes febriles.
276. - Minutos antes de morir.
278. - Los marcados del Caribe.
294. - Téc-nico en raptos

En Colección **PANTERA**:

13. - Los guapos de la Legión.
18. - Tiburones en aceite.
41. - Zánganos en Arizona.
50. - Bajo la Cruz del Sur.
52. - Un legionario investiga.
55. - Robín de las Antillas.

En Colección **CONGO**:

26. - Soplo de terror.

LOS ESQUELETOS DEL ARMARIO

POR PETER DEBRY



CAPÍTULO I

El portero de las lujosas oficinas, detonante en su uniforme de pálido azul se aproximó con majestuosa arrogancia al taxi que acababa de detenerse.

Syd Cradock medía un metro noventa, y sus blancos guantes daban mayor volumen a sus descomunales manos. Cogió la manecilla de la puerta, con la delicadeza que emplearía una solterona para asir un gatito.

Pero al reconocer al ocupante del taxi, soltó un taco poco acorde con su anterior delicadeza.

Kern Marlow, desplegando su compacta y larga humanidad, se apeó diciendo:

—No te alejes mucho, compadre.

El chofer del taxi, un pelirrojo de cara simiesca, asintió gravemente, removiendo chicle entro sus poderosas mandíbulas.

Syd Cradock, pasada la primera sorpresa, alargó el paso para alcanzar al que llegaba al toldo del umbral.

—¿Qué nuevo enredo te traes ahora, tío chismoso? —quiso saber.

Kern Marlow dió una rápida media vuelta. Extrañaba la dinámica agilidad de aquel ejemplar prodigioso en corpulencia por su altura y anchura.

Syd Cradock, previsor y conociendo las contundentes reacciones de Marlow, tenía ya una mano en posición de llave defensiva, y la otra dispuesta a entrar en acción.

Pero Kern Marlow volvió a hundir sus manos en los bolsillos del «Loden» gris y adelantó el labio inferior, haciendo oscilar el cigarrillo:

—Fuego, almirante —pidió.

Los inexpresivos ojos del exluchador Cradock, adquirieron mayor inexpresividad. Pero como también Marlow le conocía a

fondo, aclaró:

—Fuego, pero no del que estás pensando. Quiero fuego de encendedor elegante y porteril para un distinguido visitante como yo, mastodonte anémico.

Syd Cradock hizo chasquear encendedor y lengua, con aire apenado, susurrando:

—Esta vez te equivocas pero de lleno, tío chismoso. Esta casa contiene sólo oficinas serias, y mi empleo es decente además de bien pagado. Nada ilegal, de veras, y ningún alquilador de oficinas, es sospechoso.

—Basta que me lo asegures tú, para que esté convencido…

Y aspirando humo, hizo Marlow la pausa conveniente para añadir:

—… De todo lo contrario.

—Por donde rondas tú, hay jaleo —se quejó, sombríamente, Cradock.

—Le dijo la sartén al cazo… ¿Quién te paga los extras? Porque no pensarás hacerme creer que te vistes de marinerito juguetón, por sólo el sueldo de portero. Pensaré en ti a partir de ahora, Syd.

—Y yo —afirmó convencido el exluchador, campeón de los muelles.

Kern Marlow atravesó el vestíbulo de mates blancuras, tamizadas luces, mullidas alfombras y sobrios decorados. Los botones lucían el mismo uniforme azul pálido que el portero.

Tras el mostrador de conserjería, dos empleados ostentaban una solemne austeridad.

Al entrar en uno de los tres ascensores, pidió Marlow:

—Final de trayecto, compadre.

El ascensor se detuvo en el superático, un pequeño rellano con una sola puerta, en la que se leía:

GUSTAV SPANGLER
L. A. Jamaica SkanDocks

Pulsó Marlow el timbre con una mueca sarcástica. Un asesor legal de los muelles escandinavos de Jamaica Bay, podía serlo él mismo, o un Syd Cradock repleto de experiencias en la densa niebla resbaladiza de los muelles.

Pero estaba condenado al fracaso un asesor legal como el que

abría la puerta.

Un hombre guapo, pero de poco peso, escaso músculo y completa ingenuidad. Un idealista que se había metido en un terreno erizado de palizas, cuchillazos, matracas…

Gustav Spangler vestía sobriamente de azul, blanca camisa, corbata de punto a rayas azules y blancas. Rubio, de rostro estatuario, grandes ojos soñadores, saludó en tono afectuoso:

—Bienvenido, Marlow. Le he estado esperando con impaciencia.

Kern Marlow, antes de instalarse en el sillón, examinó desdeñoso el decorado. Demasiado elegante para un consejero de obreros portuarios…

—Cuanto antes terminemos, mejor, Spangler. Tal vez le resulte yo un engreído, pero prefiero hablar claro. Me hace usted el efecto de un patito metido en una pestilente charca donde sólo saben nadar los tiburones, y en cuyas riberas pescan los cormoranes y se llevan las tajadas los escorpiones.

Gustav Spangler, pensativo, se pellizcó el labio inferior. Como un niño oyendo barbaridades, pensó Marlow, que prosiguió:

—Usted me llamó, contratándome para averiguar determinados rumores que habían llegado a sus oídos. Usted se prepara para ser elegido asesor del sindicato de los muelles escandinavos. Cuando usted me llamó a su casa particular, aún no sabía yo qué puntos calzaba. Lo que sí sabía es que cuántos han intentado denunciar hechos buscando pruebas, han terminado mal. En la clínica o en un panteón. Otros, la mayoría se dejaron sobornar por los dos jefazos del SkanDocks. Y como he llegado a la conclusión de que usted es insobornable, renuncio a hundirle más en el atolladero.

Gustav Spangler, soltándose el labio, manifestó suavemente:

—Le elegí, Marlow, porque tiene usted bien ganada la fama de insobornable investigador.

—Yo investigo por gusto, aparte de que me gusta recubrir con mantequilla mi pan. Y hubiese seguido buceando en las actividades de Lindfors y Birger, sus dos rivales para las próximas elecciones, a no ser que me fui informando de que a usted lo tienen por un idealista.

—¿Es acaso un crimen? —sonrió Spangler.

—Sí que lo es. Un suicidio, amigo. Los mismos portuarios no le harán nunca caso, Spangler. Ellos necesitan tipos duros como

Lindfors, Birger y sus cuadrillas. No un predicador como usted, que ni siquiera tiene un mal perrillo de respaldo.

—¿Perrillo de respaldo?

Impaciente, Kern Marlow aceptó la expresión desdeñosa:

—Escuche Spangler, particularmente usted me es simpático, como me lo sería un palomo yendo a pasearse entre campeones de tiro, predicándoles el uso de escopetas de agua. Usted pretende atajar los abusos… ¿Cómo? ¿Predicando a solas? Cuando Lindfors y Birger visitan a los que protestan, ¿con quiénes van? Con Gibbs, Rankin, Regan… Descargadores bestiales. Con Truscoe, Finch y Garland… Ídem de ídem. ¿Y usted, qué hace? No me vió anteanoche, cuando le dió la ventolera por meterse en la cantina tercera. Pensé que lo iban a triturar.

—Pudo ver que me escucharon —dijo, con infantil orgullo, Spangler.

—Sí, por sorpresa… Porque nadie les habló con tanto fanatismo incomprensible. Escuche, Spangler, para terminar de una vez por todas. Yo no quiero ser cómplice del quijoticidio que se prepara. He nacido en estos muelles que usted pretende sanear. Y sólo lo conseguiría un tipo duro, sin prédicas, haciéndoles entrar en la cabezota a puñetazos…

Denegó Spangler con triste sonrisa y Marlow exasperado, remachó:

—Sólo conocen dos leyes: la del silencio y la de la violencia. Ellos mismos, los que usted pretende dignificar, se escudan en prudente mutismo. No negaré que usted puede tener influencia con su método pacífico, pero Lindfors y Birger son los amos por el terror que saben imponer. Usted me contrató para desenmascararlos… y renuncio. Nos aplastarían. Puede llamarme cobarde.

—Le sobra valentía, Marlow. También me informé, pero antes de contratarle. Y a su modo, usted es un idealista.

—¿Yo? —se indignó sinceramente Marlow, pegándose un manotazo en la pechera de su camisa a cuadros grises, negros y blancos.

A causa del golpe, se torció su corbata mariposa de lunares azules sobre fondo rojo.

Y el rostro de macizas líneas, siguió manifestando estupor indignado.

—¿Yo, un idealista? —Y al pronunciar el calificativo pareció Marlow tragar vinagre—. Le metieron un cuento. Precisamente porque conozco los docks de Jamaica Bay, soy como soy. Voy a lo mío…

—Impidió que Birger hiciera machacar a Kurt Sutton.

—Un imbécil con el retiro al caer, y que tuvo empacho de pronto. Había estado años y años viendo lo que pasaba, y de pronto le dió el empacho.

—Usted envió a la clínica a Lonny Deker, cuando estaba atemorizando a la familia Harding.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Yo pasaba por allí…

—No sabe mentir —sonrió Spangler—. Usted estaba alerta, y cuando Deker quiso golpear con su matraca a la familia Harding, usted intervino.

—Una vieja y dos chiquillas mocosas… No se aparte del tema, Spangler. Usted vivía tranquilo como agente de fletes, y de pronto se mete a redentor. He venido a decirle que no cuente conmigo. Ni encontrará ningún detective que acepte… Y si lo encuentra avíseme, porque será un granuja que pretenderá enredarlo.

Poniéndose en pie, miró Marlow los billetes que de su cartera extraía Spangler para ofrecérselos…

—Lo convenido, amigo mío. Ha estado usted una semana contratado. Y sin darme ninguna prueba efectiva, acaba de confiarme lo que sé. Parodiando a Hamlet con una licencia, repito: «Hay algo que huele a podrido en SkanDocks».

—Usted es el que va a oler a cadaverina y pronto, amigo. Lo siento, porque usted con un poco más de peso, y dispuesto a tener respaldo conveniente, entrando a tiro limpio en determinados sitios…

Volvió a denegar Spangler, sonriente.

El timbre de la puerta zumbó insistiendo, y dijo Marlow:

—Adiós, idealista. No me cogerá de sorpresa su entierro.

—Para crisantemos —sonrió afectuosamente Spangler, metiendo en el bolsillo del «Loden» el fajito de billetes. Y añadió en voz baja —: Así podrá engañar a la vieja Harding haciéndola creer que ganó a las carreras. Hasta cuando quiera, idealista.

Kern Marlow hizo una mueca desdeñosa. Le molestaba que aquel suicida le confundiera con un semejante…

Abrió la puerta y retrocedió porque sus reflejos se habían adormecido mientras hablaba con el pacífico y soñador Gustav Spangler.

Los dos hombres irrumpieron con sus pistolas en señales elocuentes. Una hurgando en un costado a Marlow, la otra señalando el fondo del despacho.

—Vamos, pareja. Cualquier distracción puede causar la defunción del artista.

CAPÍTULO II

El que hablaba era moreno y bien parecido. Su rostro era aniñado, como un blando camafeo, pensó Marlow. Pero de ojos duros como un pedernal. Aspirante o ya aprobado en la matanza a sangre fría.

El otro era un veterano. Corto de talla, cabello cenizoso, y sabía empuñar una pistola de modo que no le resbalara, pese a empujar las costillas ajenas.

—Éste es el chismoso a sueldo de Spangler —dijo el jovencito moreno—. Quítale el lastre, Bert.

Pellizcándose el labio inferior, Spangler permanecía expectante con serena expresión de incredulidad.

Kern Marlow prefería habérselas con tipos como Cradock, o los «respaldos» habituales de los capitostes portuarios. Aquellos dos le parecían nerviosos, peligrosamente dispuestos a disparar.

El llamado Bert cacheó expertamente, mientras el jovencito afeminado, doblaba el índice con lentitud ostensible sobre el gatillo.

La «Savage» sobaquera pasó a poder de Bert, que guardó su propia arma.

—«Okey». Cass —manifestó—. Este tipo ya está tratable.

—¿Cass? —Intentó Marlow hacer memoria.

El muchacho le miró con fría dureza, especificando:

—Marcha atrás hacia la mesa, elefante. Yo soy el que lleva la charla.

Al quedar sentado Marlow en una esquina de la mesa, entrelazadas las manos ante el estómago, miró, al de cabellos cenizos, que sabía mantenerse a la distancia conveniente.

—El tribunal de menores te acusará de pervertir infantes, Bert. La próxima vez que lo saques a pasear tráemelo con un arito.

Cass Lonigan avanzó haciendo girar su «Colt» en torno al índice metido en el portagatillos. Y, de pronto, al empuñar el cañón,

abatió la culata.

Kern Marlow apartó la mano que había colocado de plano sobre la mesa, y el culatazo resonó en la madera, abollándola.

Bert Bradley atrajo oportunamente por el hombro a su cómplice, y Kern Marlow se inmovilizó porque: sabía cuándo tenía las de pender.

Bradley siguió encañonándole, advirtiendo:

—Otra jugarreta, Marlow, y la terminas en el infierno.

Gustav Spangler, mirando al joven Lonigan, cuyos ojos manifestaban el frustrado sadismo, comentó suavemente:

—Las violencias sólo engendran perjuicios, señores.

Cass Lonigan acentuó su rictus; Bert Bradley redondeó la boca estupefacta, sin por ello dejar de encañonar estratégicamente, y Kern Marlow rió entre dientes:

—Eso de «señores» es un dulce insulto, ¿verdad, Cass? Y ahora que ya estamos asustados, quietos y dóciles, ¿a qué viene esta función?

Cass Lonigan se acarició el imberbe rostro con mano algo temblona. Un matarife al que la res cocea, pensó Marlow.

—Estuviste sondeando y averiguamos que este idiota te pagaba —manifestó Bert Bradley—. Vas a venir con, nosotros, polizonte chismoso.

—Donde vaya el señor Marlow, he de ir, puesto que por mi indicación…

Gustav Spangler se interrumpió, porque el propio Marlow abandonando la mesa, le cubría con su anchura, indicando:

—Usted a lo suyo, Spangler. Estos dos sólo quieren conducirme hasta otro despacho. Y hablando la gente se entiende. Pero hablando de otro modo al que usted está acostumbrado, Spangler. Vamos… No, no… Os juro que no prepare ninguna jugarreta. Tengo verdadera curiosidad por conocer a vuestro pagano.

—No consentiré que usted… —empezó a decir Spangler.

Kern Marlow distendió la zurda, de canto. Y la alzó cerrada. El doble golpe en la barbilla de Spangler, logró el efecto que deseaba Marlow.

Gustav Spangler no había nacido para encajar las muestras de afecto de un exdescargador portuense. Volvió a sentarse en su sillón, inconsciente.

Era preferible a que su terquedad le mereciese algún culatazo del joven Cass, pensó Marlow dirigiéndose a la puerta. No se trataba de eliminar a un parlanchín idealista solitario, sino a un detective embrollón y conocedor de las nieblas del SkanDocks.

Cass Lonigan abrió el ascensormontacargas, y cerrando la marcha gruñó su cómplice:

—Contestarías igual con un par de balados en las piernas, Marlow. Cuidado con lo que estás rumiando.

—Mucho cuidado, de veras, Bert. No soy un incauto, y me consta que el joven Cass está ansioso por hacerme pupa.

—Deja al chico —reconvino Bradley—. Él y yo no trabajamos por cuenta propia.

—Se nota —sonrió Marlow.

El ascensor se abría sobre el zaguán trasero del edificio. Se dirigió Lonigan al sedán Hudson, ante cuyo volante se instaló Bradley colocando bajo su muslo derecho su propia automática.

Tendió por encima del hombro la «Savage» de Marlow, que Lonigan cogió, guardando su «Colt». Esquinado, miró al detective, murmurando brillantes los ojos:

—De cerca eres un rato feo, como un troglodita.

—¿Y eso qué es, niño?

—Déjale, Cass —reconvino Bradley, pisando el embrague.

—Quedarás más feo cuánto terminemos contigo —se refociló Lonigan.

Estaba esperando la ocasión para justificarse ante el pagano, pensó Marlow, si le daban un leve motivo. Y se limitó a comentar:

—Feo y tal, las traigo locas a ellas.

No mentía, ni sacaba envanecimiento de ello. Pero su comentario, pareció aumentar la exasperación del joven «gangster», que aguda la voz, alegó:

—Va a dar trabajo, Bert. Creo que sería mejor…

No terminó de expresar su manifiesto deseo, porque el sedán, contorneado el edificio, rozaba la plaza de Canarsie, para tomar la Brooklyn West, cuando surgió repentinamente un taxi.

Su parachoques engarzó diestramente por el costado un guardabarros del sedán, pero ya Marlow tenía los pies preparados. Flexionó las rodillas y, mientras Bradley frenaba, golpeó rápidamente Marlow. Sin la suavidad empleada para dejar

inconsciente por minutos a Spangler.

Luego, un codazo en la sien de Cass, y al desdoblar el brazo, su mano chocó abierta en la barbilla, se deslizó y cerrada golpeó hacia arriba.

Tardaría días el joven Cass en masticar normalmente.

Varios claxons zumbaron impacientes. Y acudió al galope el guardia de tránsito, abandonando el toldo central.

Su caballo escarbó de pezuña mientras, con su silbato, el guardia trataba de reencauzar la circulación interrumpida.

Siguió Marlow empujando con la diestra abierta la cabeza de Bradley sobre el volante, deslizando en su funda la «Savage» recuperada:

—Ya no es momento de protestar, Bert. Nos volveremos a ver, confía en ello. Y si aguantas la respiración esperándome, morirás menos cruelmente.

Bert Bradley dejó de hurgar bajo su muslo…

El guardián vociferó:

—¡Arrima a la cuneta, zanahoria!

El chofer pelirrojo del taxi, siguió masticando chicle, mientras Marlow, bajando del sedán, aseguraba:

—No hay muertos ni heridos, Napoleón. Un poco asustado el joven Cass, ¿verdad, Bert?

—¡Maniobre usted! —conminó el guardia—. A la cuneta.

Dos motoristas desmontaron, ahorquillando sus máquinas. El taxi, en dos maniobras, consiguió liberar su parachoques.

Bert Bradley ceñudo, miró a Marlow y después al agente que con la libreta abierta, aproximándose, inquirió:

—¿Quién acusa a quién?

—Nadie a nadie, ¿verdad, Bert? —sonrió Marlow—. Tuvimos la culpa todos. Yo por estar distraído. ¿Denunciamos, Bert?

Denegó Bradley, mientras atrás, Cass Lonigan empezaba a volver en sí, palpándose la cabeza. El agente, cerrando su libreta, tras haber tomado las dos matriculas, dijo:

—Circulen, ciudadanos. No pasó nada.

—Eso es. No pasó nada… esta vez —afirmó Marlow, subiendo al taxi.

Bert Bradley maniobró, alejándose hacia Brooklyn West.

Pandy Gordon interrumpió su masticación para inquirir en voz

baja:

—¿Les sigo, capitán?

—Se donde encostrarlos, pero no me urge ahora. Vámonos a comer algo, Pandy.

Alejándose de Canarsie Square, emprendió el taxi la recta hacia Jamaica Bay, a poca marcha. Kern Marlow anotó en su agenda:

«BertCass, sedán “Hudson”, XW8805NY, matrícula FREYA BIRGER».

—¿Estuve «chipén», no, capitán? —quiso saber Pandy Gordon.

Redondeando el índice y el pulgar en el aire, aseguró Marlow:

—Viéndote, nadie puede vislumbrar la cantidad de talento que atesoras.

—Nos pasa a los dos, capitán. ¿Quiénes eran esos dos temerarios raptores de vía estrecha?

—Un tal Bert, mulo viejo, y Cass un ansioso párvulo que no tardará en visitar la cámara de gas. ¿Te gustó el coche?

—Coqueto, frívolo, y totalmente impropio de varones dignos de tal apelativo.

Paladeando la respuesta, notificó Marlow:

—Matriculado como propiedad de Freya Birger.

Pandy Gordon empujó con la lengua su chicle, hinchándose el carrillo. Después, silbó encandilado, largamente. Como si viera ondular a su favorita «pinup».

—Qué suerte —susurró envidioso—. Nada menos que la Cleopatra escandinava, interesándote por ti.

CAPÍTULO III

El sedán «Hudson», matrícula XW8865NY, aparcaba con muchos otros en el estacionamiento preferente que un elevado pupilaje anual, en abono, permitía cerca del «Metropolitan Opera».

Cantaba aquella noche una diva romana, y lo más selecto de la élite neoyorquina se daba cita.

Los chóferes se daban cita en las cantinas subterráneas de la calle 41. En una de ellas, el encargado del teléfono, llamó:

—¡Bradley, Bert! ¡Bradley, Bert!

Separándose del grupo de colegas uniformados, Bert Bradley inquirió:

—¿Qué pasa conmigo?

El encargado de teléfonos, señaló el aparato colgado:

—Una dama llamada Birger tiene jaqueca, y quiere irse a la camita.

Bert Bradley alzó los hombros, fastidiado. Le gustaba escuchar los comentarios y críticas acerca de la élite social neoyorquina.

El aparcamiento era un silencioso campo de brillante chatarra, pensó al aproximarse al sedán «Hudson». Manoteó algo tardíamente, aspirando aire.

Doblado, porque en su estómago se había hundido lo que en un principio creyó que era un radiador dotado de vida propia. Después, pareció una grúa loca, la que zarandeándole, le empujaba hacia arriba, hacia los lados, y por fin le dejó sentado en el interior del «Hudson».

—Es sólo una bienvenida de cálida amistad, Bert —avisó Kern Marlow.

Se hallaba de perfil en el asiento delantero, pero su largo brazo alcanzaba sin dificultad hasta la nuca de Bradley, que con esfuerzo logró concentrar las extraviadas pupilas.

Lo suficiente para ver que era su propia automática la que

Marlow empuñaba por el cañón.

—Jugamos a prendas, Bert. Yo te la quito, tú me la quitas, él se la queda, y por fin, gana el más listo, que soy yo, pero un rato largo. Te sienta mal este uniforme, Bert. Te sentará peor, porque te vendrá muy ajustado, si no eres razonable. ¿Admites que tengo derecho a preguntar?

Bert Bradley dijo que sí, mudamente. Sus ojos expresaban diversos sentimientos castigados por el código penal.

—Primera pregunta, Bert, ¿quién te encargó que fueras a recogerme al despacho de Spangler?

—Cass y yo estamos a sueldo de Freya Birger, como escoltas, porque ella estuvo amenazada… Nos llamó y nos dijo que acababas de entrar en el despacho de Spangler, y que era preciso traerte como fuese.

—Debió ella sentirse estafada cuando volvisteis los dos de vacío.

—No se enojó demasiado. Nos insultó, pero se calmó diciendo que ya vendrías tú a verla.

—Acertó de lleno.

Por unos instantes, Kern Marlow mantuvo la automática colgando blandamente al extremo de su brazo. Era lo que esperaba Bradley.

Y lo que deseaba Marlow, porque prefería pegar previa invitación, cuando se trataba de individuos como Bradley, que no eran según su clasificación peculiar, escorpiones con veneno personal, sino cormoranes pescando por cuenta ajena.

La pugna fué corta, porque Kern actuó con sorprendente contundencia. Eligió el sitio más propicio para depositar al amordazado chofer. El espacioso portamaletas posterior del sedán «Hudson».

Colocó en el asiento delantero su sombrero, su americana y el «Loden». La guerrera le venía muy prieta, pero la dejó abierta. La gorra se mantenía sobre sus crespos cabellos negros, y la visera, sombreaba suficientemente. El reloj luminoso de la fachada dió su aviso. Faltaban cinco minutos para que el telón barriera en su abaniqueo final.

Los chóferes iban surgiendo de las cantinas. Varios porteros acudieron a los megáfonos. Empezó el desfile de los coches al ser llamados con la mención de propietario.

Nombres muy propagados por los ecos de sociedad.

Kern Marlow maniobró hasta colocar el sedán en la fila, avanzando disciplinadamente. Antes de parar frente a la enorme escalinata, tuvo tiempo de detallar a Freya Birger.

Gastronómicamente, un pastel de nata con una gruesa guinda, según decía Pandy Gordon. Blanquísima como nórdica, y de lánguidos ademanes suscitando la idea de que flotaba desdeñosa, solitaria, en un mundo muy suyo, ajeno a la admiración masculina.

El rubio cabello tenía un matiz oro viejo, que armonizaba perfectamente con las esmeraldas de los grandes ojos algo sesgados.

Creaciones parisinas desde la punta de los zapatitos plateados, hasta el broche que cerraba la esclavina de martas.

Kern Marlow comprendió que era muy justificado el crecido número de admiradores sin esperanza que tenía la hija de Nils Birger.

Freya Birger se instaló en el asiento posterior del sedán, y mantuvo en el regazo el lujoso bolso diminuto. Dijo:

—No estamos en carnaval, Kern Marlow.

—Todo el año es carnaval, Freya Birger —aseguró Marlow, conduciendo lentamente hacia la rutilante Sexta Avenida—. ¿Berreó con mesura la tiple? ¿No repartió gallos el tenor? Me disgustaría que la señorita no hubiese obtenido su ración de arte a fecha fija y precio astronómico.

Impasible, con externa frialdad, replicó ella.

—Si le afirmaron que es gracioso, le engañaron miserablemente, Marlow. ¿Dónde está Bradley?

—Cumple con su deber. No abandonó el coche. Casi se sienta usted encima, señorita Berger.

El sedán abandonó Manhattan, para seguir la fila de los coches yendo a las residenciales mansiones de Queens.

Por el retrovisor, Kern Marlow seguía paladeando físicamente a sorbos, la sensual belleza nórdica. Que al sonreír se hizo radiante hermosura seductora.

—Bradley y Lonigan interpretaron mal mi deseo, Marlow. Yo quería tener con usted una entrevista confidencial. Si fueron agresivos, se debe en cierta parte a su fama de poco tratable. Y también para impresionar a Gösta.

El diminutivo para designar a Gustav Spangler, adquirió

melosidad de bombón entre los carnosos labios.

—Basta verla, para que impresionado quede cualquier Adán, se llame Gösta o simplemente Kern.

Debía ella estar ahíta de cumplidos. ¿Por qué fingía, entonces, estar halagada?

—Teniendo usted la reputación de ser muy solicitado por Eva, celebro parecerle impresionante. Pero en lo que se refiere a Gösta, cuando supe que iniciaba una campaña especial, me preocupé. Ante todo, no quiero ningún equívoco. Gösta adora a su esposa, y es solamente por simpatía, por afecto, por lo que quisiera evitarle el menor daño.

—¿Y para notificármelo, me envía a dos monos?

—Gösta es muy sensible, y opuesto a las violencias. De todos modos, usted no sufrió daño alguno, y en cuanto a Bradley, percibe un pago para correr riesgos.

—¿Dónde contrató a Cass Lonigan?

—Recomendado por Leif Finch.

—La garra derecha de su papá Nils —sonrió Marlow.

El «Hudson» remontaba Myrtle Avenue hacia el norte del distrito Queens.

—De esto quiero hablarle, Marlow. Es delicado, y he tardado mucho en decidirme. No sé si usted sabe que no vivo con Nils Birger.

—He buceado unas horas en los adecuados fondos, hasta adquirir una superficial biografía suya, Freya. Hasta los diez años en Estocolmo, mimada por una institutriz. Hasta los dieciocho años, siempre con la institutriz, recorrió colegios de alto pago, en Londres, París y Suiza, efectuó el viaje a Nueva York, sin institutriz, acompañada por Nils Birger, residiendo con él tres años. Por fin, desde hace un año, reside en una casita monísima, que vale un dineral. Nubes de esclavos suspirando por una sonrisa, y usted encastillada en un supremo desdén, que los vuelve aún más locos. Ésta es la fachada, Freya.

Freya Birger señaló con el diminuto bolso a un lado.

—Preferiría que no fuésemos a mi casa. Dorna sigue cuidando a Cass Lonigan, y éste es algo impulsivo.

—¿Dorna?

Como si dijéramos otra institutriz, pero ésta la contraté al

decidirme a vivir lejos de Nils Birger.

El Montrose Park ofrecía numerosos estacionamientos tranquilos. Detuvo Marlow a un lado de la alameda de doradas mimosas. Se quitó la guerrera y la gorra. Al revestir su americana gris, dijo:

—Es usted cruel, Freya. No le inquieta la posibilidad de que Bradley tenga dificultades para respirar.

Encendió ella un cigarrillo, lo tendió a Kern, y al aspirar el humo de otro, aseguró:

—Me consta que entre sus muchos defectos, no figura el de matar sin fundamento defensivo. Y para lo que he de decirle, prefiero esta quietud, de garantizada discreción, como la suya misma, Marlow, si el caso suscita en usted la necesaria simpatía.

—Por de pronto, usted me inspira enorme simpatía como soberbio ejemplar del sexo mal llamado débil. ¿Cuál es su caso, Freya?

—Tengo la convicción de que Nils Birger no es mi padre.

Kern Marlow se mordió el labio inferior, y no suscitaba aquel mordisco el evidente esplendor de la nórdica sirena.

—Repita, por favor.

Con voluntaria frialdad, pero melancólicos los verdes ojos, repitió ella:

—Tengo la convicción de que Nils Birger no es mi padre.

Kerne Marlow, abriendo la ventanilla, tiró al «Muratti» de boquilla roja. Encendió su «Cavalier», de fuerte Virginia sin «opiáceas».

—Resulta extraordinario lo que me sugiere, Freya. Toda persona puede infaliblemente acertar en una sola cosa: si experimenta o no amor filial. Y además existen pruebas rotundas. Hasta en los más tiernos años hay una facultad de observación, mucho interés en saber de dónde uno procede, a quién pertenece uno…

—Nunca tuve recuerdo de un hogar en el sentido de la palabra. Colegios y más colegios. Llegué casi a crearme que todos los niños pertenecían a maestras, profesoras e institutrices.

—Pero, Nils Birger estaría en su vida desde un principio.

—Apareció a los diez años de mi vida, amable, afectuoso, haciéndome muchos regalos. Fué entonces cuando partí con la señora Bergson a un colegio de Londres. Mi padre… Nils Birger

volvió tres años después, estando yo en Suiza.

—Y al verle, usted debía sentir afecto, ¿no?

—Primero resentimiento, y después… experimenté miedo.

Kern Marlow estaba especializado en casos netamente portuarios. Complicados, pero sin la sinuosidad que ahora le molestaba en lo qué oía.

—¿Miedo? ¿De un hombre que sufragaba sus colegios, y que se presentaba como su padre?

—Era su modo de mirarme. Como a alguien odiado, y después cambió.

—¿Cuándo?

—Hacia los últimos meses de estar yo residiendo en su casa. Me hacía regalos inadecuados.

Hubo un asomo de leve sonrojo en las tersas mejillas femeninas.

—¿Inadecuados?

—Perfumes franceses y prendas no adecuadas para mi edad y condición. Es desagradable, lo reconozco, pero es la verdad. Y sin pruebas en qué fundarme, me basta mi sentido íntimo… Me repugna Nils Birger. Y por esto me marché.

—¿Dió él motivo?

—Ninguno. Me miraba, y basta… No se opuso, al contrario. Y fué generoso, ya que me compró la casa en que resido, y un crédito a mi nombre en el banco. Pero últimamente, sucedió algo que me chocó. Hace una semana, fui a visitarle, porque suelo hacerlo… por conveniencias sociales… Y pude ver que quería impedir que viera a la mujer que se hallaba en su salón particular. Pero la reconocí: era Sonia Bergson. La institutriz que desde mi uso de razón, estuvo siempre conmigo, hasta que Nils Birger fué a recogerme en Suiza. No había vuelto a saber de ella, nunca. Le pregunté a Nils por qué no me dejaba hablar con Sonia Bergson. Negó que fuera ella, diciéndome que estaba en un error. Y fingí creerlo. Pero no me equivoqué.

—¿Habló con Sonia Bergson?

—No pude. Me fui, pero había visto ya que la actitud de la señora Bergson era hostil, como si estuviera discutiendo… Y comprendí que si existe un misterio en mi origen, si como tengo la intuición, no soy hija de Nils Birger, era la señora Bergson la que poseía la clave.

—Exacto.

—Y decidí buscar a un detective de toda confianza. Usted. Porque sé que pese a su carácter, usted es decente y en un caso como el mío, hará lo imposible por sacarme de la obsesionante duda que me atormenta. Si no soy hija de Nils Birger, ¿por qué él finge ser mi padre?

—Pueden ser imaginaciones suyas, Freya.

Ella, entornando los párpados, musitó:

—Hay sensibilidades femeninas que un nombre ignora por completo, aunque sea un detective inteligente, Marlow.

—Es muy posible. Concretando, se trata de encontrar a Sonia Bergson.

—Pude preguntarle a Leif Finch, de modo que mi alusión, a una visitante, no suscitara sus sospechas. Hablé de una mujer con aspecto de dipsómana, y dijo textualmente: «Alma Terry es una vieja bebedora para la que tiene demasiadas contemplaciones el patrón».

—¿Alma Terry? Con esta identidad es fácil descubrir donde se aloja. Esta misma noche. Ya le telefonearé. Y volviendo a Gösta, creo que será imposible apartarle de su fanatismo idealista. Quiere limpiar los SkanDocks de cizaña, y es un imposible.

—Pero usted le ayuda a investigar.

—Renuncié. Imagino que quizá usted consiga convencerle.

Bajó Marlow del coche, recogiendo su «Loden», y al ajustar las rectas solapas, miró sonriente a la que en pie, ante él, parecía penetrarle con la luminosidad misteriosa de sus verdes ojos:

—Debe resultar molesto en ocasiones ser una mujer tan bonita, Freya.

—En según cuáles, no.

Habitualmente, Kern Marlow prescindía de insinuaciones para atacar pero en aquel momento la réplica de Freya Birger iba acompañada de una sonrisa comprendiendo perversa femineidad sutil.

Abarcó el talle, que se hizo flexible, y adelantó el rostro. Pero los labios que buscaba se hurtaron en el preciso momento en que parecían ofrecerse. Besó en la mejilla cerca de la boca, y al apretar su abrazo, respingó… Podía ser grotesco, pero tuvo que saltar sobre una pierna, cogiéndose la otra. Una serie de alfilerazos punzaban su

espinilla.

Y Freya Birger, instalándose tras el volante, reía con pueril mueca.

—Tal como me dijeron, siempre ataca, Marlow. Pero conmigo se equivocó. No soy una damita necia ni coqueta.

Kern Marlow, taconeando sobre la pierna dolorida por el agudo punterazo del zapato femenino, empezó a considerar inquietante a la que se negaba a ser la hija de Nils Birger.

—¿Qué le indujo a comportarse con resabios de lo que fué, Marlow?

La alusión a su antigua profesión de cargador y estibador de los muelles, nunca ofendía al detective portuario. Que dijo ceñudo:

—Si la tuviera que calificar, Freya, diría que es usted volcánica solapadamente. Que le agrada maltratar cruelmente, porque estaba yo embelesado y… ¡zas!… puntapié en la espinilla. Muy cruel, Freya.

Volvió ella a reír infantilmente.

También reiría de aquel modo Cass Lonigan, el día que pudiera apretar el gatillo baleando en diversas dianas a Kern Marlow, pensó éste.

—¿Me telefoneará mañana, Kern?

Asintió Marlow, riendo, y ella añadió:

—Regocijado tiene usted aspecto de gargantúa, pero recuerde que yo no soy una Caperucita víctima de lobos. Hasta mañana, Kern.

Kern Marlow repiqueteó con las yemas del índice y medio sobre sus labios. El «Hudson» se alejó.

Pensó Marlow con cierto rencor en la teoría que le había inculcado Pandy Gordon: «Es como a cara y cruz, pero más sabroso, capitán. Apenas se ponga a tiro, aunque la acabes de conocer, bésala. ¿Qué puede suceder? De dos cosas, una. O sigues besando o te araña».

Esta táctica daba buen resultado, pero no con mujercitas complicadas como Freya que se negaba a admitir como suyo el apellido Birger.

Tampoco había dado resultado con Karel Sutton, la periodista, que según Pandy estaba «hasta los huesecillos por ti, capitán». En vez de un traidor puntapié en la espinilla, Karel Sutton había

rebosado tonta dignidad en los maravillosos ojazos que Kern Marlow se sintió muy avergonzado.

Pero conservaba un grato recuerdo de aquél besó y tal como había prometido le proporcionaría a Karel Sutton un reportaje sensacional, tan pronto se presentase la ocasión.

Todavía no había llegado, pensaba, cuando la inspección del registro de hoteles y pensiones, le condujo al «resthouse» de habitaciones alquiladas sin comidas.

Una de tantas industrias del extenso barrio de Jamaica Bay. Con un conserje nocturno adormilado, que sólo despertaba de su sopor si le pedían la llave. Kern Marlow no pidió llave. Vió tan sólo que faltaba en el casillero marcado
«14 B»:

Mrs. ALMA TERRY

Primer rellano. Gente modesta, poco noctámbula. Durmiendo apaciblemente.

Kern Marlow aumentó el repiqueteo de los nudillos en la puerta
«14 B».
Había una rendija de luz asomando por la rendija inferior.

Kern Marlow extrajo su llaveroganzúa. Facilitaba mucho ciertas visitas.

Pudo abrir sin gran dificultad, y al empujar la puerta con las espaldas, permaneció unos instantes pensativo.

Si Alma Terry era la exinstitutriz Sonia Bergson, no iba ser ella la que aclarase las dudas sobre la paternidad de Nils Birger.

El cuarto presentaba un desorden completo. El armario con sus ropas revueltas, los cajones de la cómoda abiertos, y hasta el colchón de la cama, destripado.

En el umbral comunicando con el cuarto de aseo, estaba tendida de costado, una mujer. De unos cincuenta años, rostro lívido, con venillas azules de bebedora o apoplética.

Ninguna señal de violencia. Ninguna herida visible. ¿Un ataque cardíaco? ¿Ella misma registrando en busca de algo robado? Era una hipótesis sostenible… si realmente Alma Terry no tenía otra identidad.

Pero sobre la cómoda había una fotografía. Una niña rubia,

gordezuela, la dedicatoria escrita con letra infantil, en idioma sueco.

«Con todo cariño a Sonia, mi mamá querida,

»*Freya*».

Kern Marlow se colocó unos guantes dispuesto a sacar la foto del marco.

Volvía la espalda al cuarto de aseo. Y vió de pronto una serie de lucecitas estallando en su cráneo…

Cuando minutos después, se arrodillaba, estaba físicamente convencido de que le había golpeado un experto de la matraca. Que debía hallarse en el cuarto de aseo, tras los altos soportes de las toallas rusas.

Calzando suelas de goma, ligero de peso, hábil en emplear la matraca.

Y sobre la cómoda ya no estaba el marco con la fotografía de la niña rubia y rolliza.

Crispando el rostro, Kern Marlow decidió que necesitaba una ducha escocesa, un masaje y ocho horas de sueño.

No se entretuvo en cerrar la puerta, como tampoco lo había hecho el que tras golpearle, se había llevado la foto dedicada… y algo más.

Las ediciones matinales consideraban un suceso sin importancia, la muerte de Sonia Alma Bergson Terry, sobrevenida como consecuencia de un ataque cardíaco. Su habitación en desorden evidenciaba que ella había estado buscando algo, cuya desaparición le provocó el ataque al corazón. Posiblemente, sus ahorros, determinaba el periodista.

CAPÍTULO IV

Los periodistas esperaron a que entrase el último de ellos, para tomar nota taquigráfica de las declaraciones que con tono pausado iba haciendo Gustav Spangler:

—He aceptado con gratitud la oferta de una conferencia de prensa, para repetir textualmente lo que vengo sosteniendo desde que presenté mi candidatura al cargo de interventor jurídico de los SkanDocks. Dedico y dedicaré los máximos esfuerzos a puntualizar concretamente, el distingo entre cuotas de aportación voluntaria, aportación legislada, y cuotas abusivas. Perseguiré con el apoyo legal, la corrupción sistemática implantada en los métodos de afiliación del personal portuario.

Un periodista levantó su bolígrafo, ladeando la cabeza como un búho esperando oír un disparo:

—¿Su alusión a corrupciones, señor Spangler, podemos anotar que apunta a los jefes sindicales Birger y Lindfors?

Gustav Spangler efectuó su peculiar gesto, cogiéndose el labio inferior entre los dedos, y lo apretó pensativamente antes de decir:

—Únicamente puedo citar nombres cuando los acompañe con expediente de pruebas.

—Lo cual demuestra que hasta ahora sólo tiene indicios.

—Exacto.

Otro periodista insinuó:

—El cargo de interventor jurídico de los muelles escandinavos, quedó vacante por muerte de quien lo desempeñaba. Una muerte repentina, que aceleró la elección de sucesor, recaída en usted. Pero la votación normal fué anulada.

—A tenor de lo legislado, intervino la alta magistratura, determinando que con carácter de efectividad, yo, asesor legal privado de los SkanDocks, ocupase el cargo de interventor jurídico interinamente, hasta que se verificasen los escrutinios

correspondientes a la votación que tendrá lugar dentro de quince días. Por lo tanto, si bien provisto de toda la legal autoridad, salvo ser elegido por mayoría, soy tan sólo un eventual sucesor del señor Irgund, cuyo despacho ocupo también interinamente.

La periodista Karel Sutton intervino. Y su melodiosa voz resultaba, como toda ella en persona, muy grata:

—Circularon rumores de que, al parecer, su antecesor Alvin Irgund, se disponía a emprender una campaña como la que usted ha anunciado, señor Spangler. Tal vez pretendiendo con ello ser reelegido, pero lo cierto es que murió repentinamente.

—Mi antecesor Alvin Irgund murió de un ataque cardíaco, señorita Sutton.

—Pero circularon rumores de que había sido un ataque cardíaco provocado por extrañas torturas.

—La investigación policíaca no descubrió nada anormal en la muerte del señor Irgund. Repito que siendo yo un hombre de leyes, sólo puedo atenerme a pruebas y realidades. Son las que intentaré acumular en expedientes, ya que mi único propósito es defender aun contra ellos mismos, a los que considero seres aterrorizados o que obedecen a una sugestión despótica, que les incita a pensar que si pretenden oponerse, sufrirán violencias o tendrán que buscar trabajo en otro lugar. He sido accidentalmente elegido, y haré lo posible para que cese el reinado de niebla sangrienta que envuelve los SkanDocks. Nada más, señorita Sutton y caballeros. Buenos días.

En pie, Gustav Spangler aguardó a que fueran abandonando el amplio despacho los representantes de la prensa. Ya cerca de la puerta, la periodista Karel Sutton señaló hacia la antesala:

—Los caballeros que esperan turno, considerarán sus propósitos como una declaración de guerra, señor Spangler.

Sonriente, alzó Spangler los hombros. Ella insistió:

—Los dos ¿han sido convocados juntos o por separado?

—En conjunto. Buenos días, señorita Sutton.

Salió la periodista, y Spangler bajó la palanca del dictáfono:

—Que pasen los citados a las doce, señorita Landis.

Dejó la comunicación, y oyó a su secretaria invitar:

—Por favor, señor Finch. Por favor, señor Rankin.

Leif Finch era de mediana estatura, anchísimos hombros y largo cabello color pajizo. Sus rasgos faciales expresaban infinito

aburrimiento. Resultaba más vulgar Stan Rankin, macizo, desgarbado, de negra pelambrera que no conocía el peine, y de hundidos ojillos desvaídos.

Masticaba lentamente un cigarro habano.

Gustav Spangler, en pie, dijo secamente:

—Les he citado en su calidad de inscritos como primeros capataces de los SkanDocks. No mueven ustedes un dedo, ni piensan por su cuenta, sino que actúan al mandato de Birger y Lindfors.

—Haberlos citado a ellos —arguyó suavemente, Leif Finch.

El más peligroso de los dos, pensó Spangler.

—Mi autoridad interina, sólo me permite citar a los dos patrones sindícales, en caso de suprema gravedad.

Stan Rankin avanzó para decir agresivamente:

—Para obligarme a estar esperando que usted tenga a bien recibirme, tienen que existir sólidos motivos.

Su habano parecía incrustado en la comisura de la boca, y sus palabras resultaban mordidas…

Fingió un bostezo Leif Finch antes de advertir:

—Le estás hablando a una autoridad competente, Rankin. Y es preferible escuchar, aquí dentro. Despacho y secretaria son del Estado, Rankin.

Stan Rankin emitió una risotada, mordida. Leif Finch al reír parecía silbar.

Gustav Spangler, juntas las yemas de los dedos, bien acodado en su sillón, notificó parsimoniosamente:

—Repitan a sus patrones lo que vengo pregonando. No consentiré en los SkanDocks, ganancias ilegales. Tanto Birger como Lindfors están muy seguros de que ningún portuario se atreverá a denunciar hechos. Pero yo sabré encontrar pruebas, y lograré que ustedes dos, con sus patrones, cesen de ser un oprobio para los SkanDocks. Por ahora, han sabido quedar exonerados…

—¿Exonerados? —repitió, inquisitivo, Stan Rankin.

—Significa que no se puede reprocharnos nada ante la Ley, Rankin. Y oiga, Spangler, curiosa idea la suya al convocarnos conjuntamente a éste y a mí, cuándo no puede ignorar que no somos precisamente amigos.

—En ambición y maniobras reprobables, son idénticos los fines

que les mueven y aunque rivalicen para alcanzar el máximo poderío, tanto Birger como Lindfors, actúan de acuerdo a la mala ley del hampa. Formando una especie de consorcio… que yo destruiré. Pueden repetirles esto a sus patrones. Buenos días.

—Todos son barruntos, nada más que comadreos —recitó Leif Finch.

—Que se convertirán pronto en pruebas, porque no es tan sencillo como acallar a un desgraciado inculto, intentarlo con un hombre de leyes, escudado por un nombramiento del Estado. ¿Le causo gracia, Finch?

—Usted ninguna —contestó cansinamente, el lugarteniente de Nils Birger—. Pero me temo que ve fantasmas. Vámonos, Rankin.

—Tú puedes largarte cuando quieras. Yo quiero decirle algo a solas, a este… interventor.

Leif Finch abandonó el despacho, y Stan Rankin, inclinándose sobre la mesa hizo viajar su habano apagado de un lado a otro de la ancha boca. Dijo por fin:

—Mi patrón le espera este mediodía. Particularmente. Allí va también la periodista guapa.

—¿Se refiere a la señorita Karel Sutton?

—Sí. Es muy amiga de la hermana del patrón. ¿Qué? ¿Irá allí? El patrón quiere ser comprensivo…

—Y yo en la medida de lo honorable. Buenos días, Rankin.

Instantes después, trataba Spangler de recordar, y en efecto Karel Sutton era una hermosa morena, cuyo traje sastre no bastaba para ocultar la armonía de curvas, ni la carencia de maquillaje podía impedir que los negros ojazos y la roja boca, hicieran del semblante de la periodista un compendio de atractivos.

Abandonando el taxi, Gustav Spangler penetró en el jardín de la mansión propiedad de Max Lindfors y su hermana Opal.

La piscina brillaba como una verde gema engarzada en aquel jardín de fina arena, resguardado por palmeras artificiales, y muros que irradiaban la tibieza de una calefacción bien graduada.

Uno de los muros protegía a Opal Lindfors, medio tendida sobre almohadones neumáticos de color «*beige*». Desde el cuello hasta los tobillos, un tisú de brillante color amarillo, ceñía el delgado cuerpo de Opal Lindfors.

Tenía un género de belleza especial, sofisticado, y muchas

opiniones coincidía en considerar a la hermana de Max Lindfors como una excéntrica, atacada de neurosis aguda.

Aquel mediodía peinaba sus rojizos cabellos en guedejas rematadas por moño envuelto en tejido con dibujos egipcios. Un broche en forma de escarabajo cerraba el tisú ante su garganta.

A poca distancia abandonó su silla, un hombre de largo rostro caballuno y oscuros ojos penetrantes. El musculoso cuerpo de Max Lindfors era revelado por la playera hawaiana y el *short*. Calzaba babuchas de rafia.

—Buenos días, Spangler —saludó, amablemente—. Excusará a mi hermana Opal, porque esta semana se siente sacerdotisa faraónica. Y felizmente hace honor al voto de silencio.

Opal Lindfors, dando un cuarto de vuelta, volvió la espalda a los dos hombres. Max Lindfors apartó la cubierta de cristal a un lado de la mesa, y se elevó el soporte conteniendo frascos y copas.

—¿Un «lättgrogg»? —ofreció Lindfors.

Ambos se miraban como duelistas correctos, antes de iniciar un asalto a florete. Asintió Spangler, en silencio.

Lindfors preparó hábilmente el combinado sueco a base de leche, ginebra y canela.

Señalando la piscina de treinta metros de largo, dijo:

—Karel es una nadadora excelente, y suele honrarnos frecuentemente con su visita. Es la única amistad que ejerce un efecto sedante en Opal.

De una de las pequeñas cabinas, surgió Karel Sutton, la periodista. Llenaba con plástica opulencia el bikini, y avanzó hacia la piscina, arreglándose en torcida los negros y abundosos cabellos, bajo el pañuelo de plexiglás.

Le dedicó un sonriente ademán a Spangler, antes de zambullirse limpiamente a ras de agua. Su «crowl» era perfecto, lento y vigoroso.

Gustav Spangler, apartando la vista de la piscina, especificó:

—Stanley Rankin me transmitió su invitación.

—A su larga salud, Spangler —brindó Lindfors.

Bebieron los dos, y expuso Lindfors:

—He considerado necesario tener una charla amistosa con usted. Privadamente admitiré que son ciertos los rumores que me atribuyen el empleo de la violencia delegada, en determinados

casos. Pero ha de comprender que la violencia es la única ley que predomina entre los cargadores, estibadores y demás personal de los muelles.

—La violencia nunca es una ley.

—Llámelo imposición si quiere. Escuche, Spangler, usted conoce nuestra historia nacional. Los barones feudales tenían también que imponerse, en beneficio de sus propias huestes de belicosos siervos.

—Vivimos en el siglo XX, y en una nación tan civilizada como nuestra patria.

—Pero los muelles siguen siendo antros violentos. Quiero que comprenda que mi patronazgo se realiza a tono con el ambiente.

—Y yo quiero que sepa, Max Lindfors, que no toleraré que bajo capa de una cuota protectora, su patronazgo perciba de cada dólar que pasa por los SkanDocks, un porcentaje.

En la piscina, Karel Sutton flotaba boca arriba, descansando de sus doscientos metros *sprint*.

Opal Lindfors se mantenía yacente como una egipcia momificada.

Max Lindfors se escanció ginebra y, tras beberla, afirmó:

—Hay muchos negocios que se rigen de acuerdo con unas costumbres admitidas por los mismos que usted pretende defender, Spangler. Que serían también los mismos que contra usted se rebelarían, si pretendiera usted cambiar un orden de cosas… llamémoslo, de intereses creados.

—Son sofismas que no alteran una verdad inicial. Cualquier trabajador de los SkanDocks no ha de pagar cuota alguna clandestina, para conservar su trabajo. Ni prestarse a contrabandos o sustracciones…

—Un momento, Spangler. No se extravíe. ¿Me acusa de delitos concretos?

—Por ahora, no. Sostengo una hipótesis que, como todas ellas, es sostenible, refutable o demostrable. ¿Qué más quería decirme, Lindfors?

Fruncido el entrecejo, contestó, lentamente, Lindfors:

—Los intolerantes rigoristas no tienen cabida en unos muelles por vastos que sean, Spangler. Lo lamento por usted mismo, porque le será doloroso comprobar que los mismos a quienes piensa proteger, le declaran la guerra.

Poniéndose en pie, Gustav Spangler miro su reloj:

—Es hora de comer, y mi esposa me espera. Buenos días, señorita Sutton.

—Buenos días, señor Spangler —contestó respetuosamente la periodista sentada junto a Opal Lindfors, que permaneció boca abajo.

Max Lindfors estuvo mirando unos instantes al que se dirigía hacia la abierta verja. Y comentó reflexivamente:

—Usted lo encuentra simpático, Karel, pero toda esa simpatía que yo no veo en Spangler, no le evitará una desagradable desilusión. Los idealistas sucumben pronto donde hay demasiados intereses creados.

—Es una lástima —sonrió Karel Sutton—. En realidad, los idealistas deberían apoyarse en una pandilla de pistoleros efectivos, ¿no, Max?

Max Lindfors pestañeó, pero la periodista cerrando los ojos, siguió entibiándose. Y Opal Lindfors rompiendo su voto de silencio, dijo gravemente:

—Estás preocupado, Max. Con toda tu musculatura le temes a un esbelto quijote. ¿Por qué? Hay mucha niebla en tus muelles, y nadie tendrá que empujar a Gösta para que resbale y se rompa la crisma. El mismo se suicida al pretender a solas, sin ningún pistolero respaldándole, bucear en las interioridades de eso que llamas «intereses creados». Bueno, tengo sed y hambre… No la sed y el hambre de justicia de Gösta, sino vulgar gazuza y sequera de garganta. ¿Qué piensas hacer esta tarde, Karel? No me repliques. Iremos de compras. A mí me tildan de loca, pero estos hombres… En fin, cada cual con sus manías. Pero le harían un favor a Gösta encerrándolo una temporada en un centro psiquiátrico de reposo. Habráse visto… Un idealista en los muelles. Tengo sed, Max. Y desiste de pensar en Karel como futura esposa. Es mi amiga, te conozco demasiado a ti y mientras no la odie, no he de desearle que sea mi cuñada.



Demasiada niebla en los muelles, Leif

Suspirando, Max Lindfors apartó de su mente por unos momentos a Gustav Spangler.

Gustav Spangler, al sentarse ante la mesa, dijo alborozado:

—Nuestro plato favorito, Elsa.

Elsa Spangler, sonriendo casi maternalmente, siguió sirviendo.

Gustav Spangler apoyó un tratado de legislación portuaria sobre el atril, a un lado del plato.

Estaba exquisito el revoltijo de croquetas de ave, filetes de lenguado y setas con salsa picante.

A medio comer, Spangler soltó el tenedor, parpadeando…

Contracciones espasmódicas desfiguraban el lindo semblante de Elsa.

Ardiéndole la garganta, vió Spangler cómo su esposa intentaba levantarse, señalando la fuente que contenía el resto de las setas, su plato y el de su marido, casi vacíos.

Un atroz sufrimiento convulsionaba las facciones de Elsa Spangler mientras se desplomaba.

Nublada la visión, Gustav Spangler se apartó de la mesa, y cayó de rodillas intentando levantar a su esposa.

Desistió, y arrastrándose penosamente llegó a la mesita del teléfono. Tendió el brazo.

Sólo pudo descolgar el aparato. Su brazo cayó inerte, y Gustav Spangler permaneció inmóvil, al igual que Elsa Spangler.

Su última reacción vital, fué aproximar la boca al teléfono y gritar…

La blanca ebonita al extremo del hilo telefónico, se balanceaba con la monotonía de un péndulo, contando segundos definitivos…

CAPÍTULO V

El rostro de Nils Birger era ancho y blando. También su cuerpo había perdido el antiguo vigor, y estaba recubierto de adiposidad. Su cabello color miel se aclaraba en la coronilla, y en torno a los claros ojos vacuos, había muchas arrugas.

Daba la impresión de un exforzudo degenerado por la riqueza, la buena mesa y la inactividad física. Pero mentalmente seguía laborando…

Apartó la tacita de café, y pareció ver por primera vez al visitante, sentado frente a él.

El comedor daba a la playa de Babylon en la carretera de los Hampton, de Long Island. Iba retirando el servicio, silenciosamente y con eficiencia, un escandinavo, cuyos anchos pulgares revelaban su otra condición de masajista.

—Dijo usted que se llamaba Marlow y que su visita era importantísima para ambos —especificó Birger arrellanándose en el sillón.

—Kern Marlow.

—Mi criado se imaginó que era usted policía.

—Sólo un vulgar detective portuario.

—Los muelles están lejos de aquí. No necesito ningún detective. Puede irse.

—En su lugar, no adoptaría esa actitud de gran señor importunado en su cría de grasas de sobremesa, Birger. Y menos cuando vengo a hablarle de un esqueleto de su armario[1].

—¿Esqueleto en mi armario? —repitió Birger en tono burlón. Pero sus vacuos ojos adquirieron una expresión de curiosidad.

—Me refiero a una mujer inscrita en un «resthouse» de Jamaica Bay, con los nombres de Alma Terry. Su completa identidad es Sonia Alma Bergson Terry. Según los periódicos y la policía oficial, esta mujer murió de un ataque cardíaco, motivado por la pérdida de

sus ahorros. Pero yo tengo mi propia hipótesis: esta mujer fué asustada por un especialista.

Arqueando las cejas burlonamente, manifestó Birger:

—Ignoro para qué viene a verme, Marlow.

—También fingió no conocerme, pero sabe usted perfectamente que tuve el inmenso placer de enviar a uno de sus matones al hospital. Aunque esto es apartarme del esqueleto en cuestión. Sonia Bergson no fué golpeada, pero entre la suave asfixia y el cese de latidos en el corazón, hay mucha semejanza, si sobre todo se conoce que la víctima elegida tiene el corazón débil. Y el desorden que había en su habitación, la policía lo atribuye a que ella misma la registró atropelladamente, en busca de sus ahorros robados. Yo lo atribuyo a que su asesino buscaba y encontró algo comprometedor.

—Los detectives siempre les enseñan el oficio a los policías. Me está aburriendo enormemente, Marlow, pero puedo aún escucharle unos minutos.

—Gracias, muchas gracias. Sonia Bergson, inscrita como Alma Terry, no ha conseguido alcanzar la cincuentena. Se le paró el despertador a los cuarenta y nueve. Pero fué joven, y antes de convertirse en una dipsómana, tuvo instrucción, ilusiones, afectos… Es curioso, pero cuando una mujer se dedica a la bebida, pueden emplearse dos recursos para averiguar las razones que la impulsan a ahogarse en licor: Invirtiendo la fórmula francesa, digamos: *Cherchez l'homme*. Pero en el caso de Sonia no había ningún amor defraudado. Vayamos pues a la segunda causa: ¿ahogaba un secreto horrible? Me inclino por esta segunda teoría.

—Sigue usted aburriéndome, Marlow.

—Es posible que otro lo creyera así, porque su rostro aburre, Birger, pero sus manos tienen pequeñas contracciones nerviosas. He dedicado años a observar la diferencia entre lo que se habla y lo que se piensa. Hay gestos que no dominamos y nos traicionan.

—Su conferencia se hace demasiado larga. Diga concretamente el motivo por el que me ha visitado.

—Para adquirir información complementaria sobre Sonia Bergson.

—¿Por cuenta de quién se escarba usted los sesos, Marlow?

—Personalmente escárbase usted los suyos al escoger su respuesta. Es muy libre de no contestar, Birger. ¿Conoce el pasado de Sonia Bergson?

—Nada en absoluto, y nunca oí hablar de Sonia Bergson.

—Vuelva a pensar otra respuesta —sonrió Marlow—. Véase con unos cuantos años menos, en un viaje a Suecia.

—Hace más de veinte años que no he vuelto a mi patria nativa.

—Véase entonces yendo a Suiza, donde una institutriz…

Se interrumpió Marlow, satisfecho de sí mismo. Los vacuos ojos tenían una repentina furia demoníaca… Allí estaba Nils Birger, el «patrón» de los estibadores del SkanDocks, el inductor de violencias, el pagador de los pistoleros y matones…

—Fuera, pronto —silabeó incisivamente.

Kern Marlow poniéndose en pie, hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta deportiva, comentando:

—Ésta es su casita de reposo, y en ella sólo tiene a Sven, el criadomasajista. Usted desdeña, mancharse en vulgares peleas. Sea más correcto, Birger. No me eche como a un lacayo, por favor. Sobre todo porque podría excitar aún más mi natural curiosidad, ver que le saca de quicio mencionar a una institutriz, sueca, que vino a morir en una habitación barata de los muelles escandinavos.

Nils Birger, pasándose un pañuelo por la comisura, de los labios, dijo sofocadamente:

—Detesto a los brutos que se suponen inteligentes, Marlow Cualquier mujer bonita, provista de mucha seducción y una exuberante imaginación, induce a graves errores. Y hay errores que no pueden rectificarse, Marlow. Si averiguo que intenta usted mezclarme en un sórdido asunto de robo de ahorros a una vieja dipsómana, conseguiré que lo expulsen de los muelles, haré que lo destrocen, le convertiré en un despojo humano.

La diestra de Birger estaba en el bolsillo de su batín.

Kern Marlow denegó con la cabeza al replicar:

—Tiene usted millones, Birger. ¿Cómo voy a acusarle de robar ahorros a una pobre borracha? Por favor… Yo lo único que persigo es sacarle a usted el esqueleto oculto en su armario. Digiera a gusto, Birger. Ya me llamará si cree conveniente hablar sinceramente con un bruto provisto de inteligencia.

En el umbral, hacía unos instantes que Sven se mantenía

impasible.

Pero apenas hubo salido Kern Marlow, y era visible su ancha silueta dirigiéndose al cobertizo de aparcamiento, inquirió Birger:

—¿Avisaste, Sven?

—Apenas entró Marlow, telefoneé a Leif, señor. He descrito su coche.

Cruzó de nuevo Birger el índice y el medio. Un gesto que había hecho cuando Sven traía la tacita de café.

—Sí, señor —asintió Sven—. Le indiqué a Leif, que era conveniente suprimir al detective Marlow. Con dos elementos no identificables como percibiendo pago de su nómina, señor.

—Muy bien, Sven. Avísame tan pronto se haya ido Marlow.

En el cobertizo de coches, Kern Marlow encendió un cigarrillo entre su dos plazas «Ford», y un taxi a cuyo volante, un pelirrojo masticaba su chicle.

En el asiento posterior del taxi, una mujer de oxidados cabellos, profuso maquillaje y vistoso traje campado, refunfuñó:

—Prometiste cincuenta pavos, Kern.

—Serán tuyos tan pronto le entregues a Pandy lo convenido. Yo ya he puesto el disparador, Molly. Tú saca fotos claras de los que a partir de ahora visiten a Birger, o de los que a partir de ahora visite Birger.

—¿Y si me meto en un lío? —quiso saber Molly Anders.

—Tu profesión es sacar fotos callejeras y en reuniones, ¿no? Además, te lleva en coche Pandy, que es un ángel guardián excelente.

Se instaló Marlow en el «Ford» dos plazas y abandonó el cobertizo. Sólo había una carretera, la 27, uniendo Babylon con el Bennet Bridge de entrada a Brooklyn.

Tenía varios cobertizos de aparcamiento a lo largo de las playas, y de uno de ellos surgió un «Buick» apenas pasó el «Ford» conducido por Marlow.

Cinco minutos después, Kern Marlow ya no tenía la menor duda de que era a él, a quien seguía el «Buick». Un coche apto para albergar a seis personas, pero sólo iban dos.

El que conducía ostentaba un rostro ratonil de largos dientes. A su lado, por contraste, resaltaban las anchas espaldas del otro individuo, cuyá faz proclamaba haberse moldeado entro las cuatro

cuerdas de muchos *rings*.

Kern Marlow abandonó la carretera general, para penetrar por el camino que descendía en espiral hacia la tranquila playa de Freeport.

El negro «Buick» pasó rozándole y frenó bruscamente a unos treinta pasos, atravesándose en la carretera solitaria.

Kern Marlow dominó el súbito deseo de probar la solidez del parachoques delantero del «Ford», y lo detuvo a diez pasos del «Buich» que interceptaba el resto del solitario descenso entre rocas.

Bajando se apoyó en un guardabarros, viendo aproximarse al hombre con cara de pugilista seguido por el de cara ratonil, que fué el que habló:

—Nos hemos equivocado, Glenn. No es tu amigo Jimmy.

En el fichero especial mnemotécnico de Kern Marlow, en la «N» figuraba Glenn Nichols, como «obtuso ejecutor de cualquier orden bien pagada».

En la «C» figuraba Willy Carney como «rata inmunda, inseparable de Nichols, y más de temer, por su sadismo».

A dos pasos de distancia, se detuvo Glenn Nichols diciendo:

—No es Jimmy, no…

En el no escrito manual de estrategia portuaria, aquello se llama «salivilla descuidadera», destinada a distraer la atención del que, a ser posible, debía ser cogido de modo que evitará daños en sus captores.

Y al estar Willy Carney oportunamente situado a un lado, saltó Glenn Nichols con rapidez.

Con menos rapidez que Marlow.

Que elevándose en impulso lateral, esquivó a Glenn y dedicó una patada inglesa a Carney, derribándolo.

Apenas se revolvía en el suelo el pistolero de cara de ratón, cuando un taconazo en su diestra, le impidió coger su «Weston 38».

Y esgrimiéndola, Kern Marlow retrocedió dos pasos.

Glenn Nichols recuperado el equilibrio había abandonado el guardabarros, y echaba hacia atrás el busto.

Alzó lentamente las manos, mientras, incorporándose, Willy Carney se daba masajes en el abdomen, lamentándose:

—Tómalo con calma, ciudadano, tómalo con calma… Fué un error, ciudadano.

—Ya tuviste tu ración de queso, Mickey Mouse. Sácale la artillería al ciudadano Glenn. No soy Jimmy, no, de veras que no lo soy.

—Hazle caso, Willy —comunicó Nichols.

Avanzó Carney tendiendo su zurda hacia la axila del que continuaba manos en alto. Apenas tocaba la culata, levantó Carney las dos manos apresuradamente, una de ellas con la pistola de Nichols, pero desdoblado de nuevo el índice.

El estampido sonó cuando ya había chispeado en el suelo pedregoso, el balazo de la «Weston 88».

—Tírala con modos, ratita —aconsejó Marlow.

Lentamente se volvió Carney, exhibiendo los largos dientes en mueca rencorosa, densos los ojos de pequeña pupila negra.

Tiró la pistola «Savage» a un lado de Marlow, que, inclinándose, la recogió colocándola bajo el sobaco.

—Bajad las manos, porque el cielo no os hace caso, y aquí están reunidas las mejores condiciones acústicas y de discreción para seguir charlando a tiros. Elijo el centro de tu barriguita, Glenn, si no contestas con buenos modos. Como los míos. Hazme el honor de confiarme tus secretitos, Glenn. Vuestro «Buick» me aguardaba en la 27, y me habéis dado escolta. ¿Por qué?

Glenn Nichols miró el índice del detective. Un índice de tirador. Nada de crispaciones tocando el gatillo, sino tenso, junto al portagatillos de la «Weston 38», que apuntaba a su abdomen.

—Alguien nos comunicó que te esperásemos para decirte algo —masculló Glenn Nichols.

El índice apuntó ahora hacia el centro anatómico de Carney.

—Dímelo, Mickey. Dime quién es «alguien» y que era ese «algo».

Willy Carney miró a su compañero que asintió ceñudo:

—Habla. Para eso le seguimos.

—Y os entusiasmó la idea de que me ibais a pescar en esta tranquila senda alejada del mundanal ruido. Habla, Willy, muchacho…

El segundo balazo rozando con su zumbido el zapato izquierdo de Carney, hizo respingar a éste, que recitó apresurado:

—Leif Finch nos telefoneó prometiéndonos quinientos pavos. Sólo para… recomendarte que abandonaras toda pesquisa.

—¿Toda pesquisa? ¿Pare qué mentir, Mickey? Leif Finch os

prometió pago, si podía cantar en mis funerales.



—No podrás cantar en mis funerales…

—No… no lo creas… —balbució Carney, lívido.

Kern Marlow fué expulsando los cartuchos de la «Weston 38» de Carney. La tiró lejos, más atrás de una roca. Y haciendo saltar en el aire entre su palma y frente la «Savage» de Nichols, dijo:

—Habéis perdido los quinientos pavos, y os vais a esfumar muy lejos de los muelles, de Jamaica Bay, de Nueva York, de su Estado, y a ser posible de la costa atlántica. Si le vais a Leif Finch con la noticia de que no podrá entonar el himno de gracias «De profundis», os pelará. Si os encuentro a partir de esta despedida, os pelaré. Id a la costa del Pacífico, al Canadá, al Polo Sur… pero ya mismo.

El cañón de la «Savage» apuntó hacia el «Buick» atravesado en el camino:

—Pegad con los tacones en los fondillos. Al número cinco, enciendo petardos en las nalgas del reumático me no corra como liebre. ¡Uno, dos, tres…!

Willy Carney estaba al volante al cantar Marlow cuatro. No contó cinco, porque Glenn Nichols, dando te vuelta al coche, entraba en él.

También dió vuelta Marlow al «Ford», para no ofrecer blanco a una posible maniobra del conductor.

Al pasar el «Buick», sus dos ocupantes encogieron la cabeza…

El cristal izquierdo del asiento posterior saltó en pedazos y la «Savage» descargada de sus cartuchos, cayó al interior.

Aceleró Carney, tomando el viraje ascendente a todo gas.

Kern Marlow esperó unos instantes, hasta que vio el «Buick» correr a toda marcha hacia el Bennet Bridge.

Dos que emigrarían, haciéndose ejecutar en cualquier otro Estado.

CAPÍTULO VI

El piso era una demostración práctica de que en el menor espacio posible cabe el máximo de seres humanos. Trepidando, porque muy cerca pasaba cada tres minutos la sarta de vagones del aéreo, cruzándose en ambas direcciones.

James Camden apartó a dos criaturas enzarzadas en pelea, pasó por encima de un destrozado tren mecánico de juguete, y pudo llegar a la puerta, donde gruñó:

—No les basta el condenado redoble del verdadero tren, sino que se pelean por el miniatura. Buenas tardes. Sí, soy yo el conserje nocturno del 116 de Canarsie, y estoy hasta la coronilla de contestar lo mismo a la policía y a los periodistas: «No sé nada, ni vi nada».

Kern Marlow sonrió al inquirir:

—¿Fueron tantos en preguntarle, Camden?

Tenía un pie interpuesto entre puerta y marco. Mostró en el hueco de la mano un carnet que aprisionaba un billete de cinco dólares.

James Camden miró hacia atrás, pidiendo:

—La chaqueta, madre.

Y al revestirla, añadió:

—Aquí dentro hay que estar sordo para poder entenderse. Mi vieja lee en los labios, y a veces la envido. Contesta cuando quiere, y vive insonorizada.

Cerró la puerta y en el rellano miró de soslayo, mientras recogía el billete de cinco, dirigiéndose a la azotea contigua.

—Al aire libre el ruido se difumina —aseguró Marlow—. Usted no me conoce, pero basta que yo le prometa que soy también sordo para lo que no me interesa, mudo por añadidura. Y me interesa mucho callarme. Le consta.

—¿A mí, que me consta a mí? —Gruñó Camden mirando en torno.

—Estamos solos y nadie puede oírnos. Yo fui vigilante nocturno en los muelles, pero no aguanté más de tres semanas. Era un tormento tener que dar cabezadas sentado, y caminar para no dormir. Pero ya tenía yo práctica en dormitar abriendo un párpado, y cerrándolo casi en seguida. Es el mejor sistema para no complicarse la vida. ¿Qué me pagaban? Una miseria para evitar que robasen en el almacén. Yo acredita mi paga, y no robaban en mi almacén, pero me tenía sin cuidado lo que pasaba en los otros. Ya tiene uno bastantes complicaciones con las personales.

—Y tanto —gruñó Camden, más humanizado.

—Pasaban unos minutos de la medianoche, cuando me colé por el vestíbulo del 116 de Canarsie.

—Digo lo mismo que les repetí a los policías y al gacetillero. Por el vestíbulo del 116 de Canarsie se cuelan muchos visitantes. Y no me pagan para llevar un control de las visitas, sino para recoger y entregar llaves.

—Siendo yo un ferviente practicante de la discreción oportuna, resultamos colegas, Jim. Apenas me vaya hasta me olvidaré de su nombre. Lo único que deseo averiguar es el pelaje del que me golpeó en la cabeza estando yo en la habitación número
«14 B».
Como puede apreciar, Jim, no me ando con rodeos.

—¿Detective privado, no? Y además, de los muelles. Me cae usted bien. Pero cinco dólares no lubrican mucho el engranaje de la memoria.

Enrolló Marlow un billete de diez en torno al índice.

—Recuerdo ahora que usted caminaba como un oso sobre patines silenciosos, unos minutos después de la medianoche. Claro, que como el forense aseguró que la inquilina del
«14 B»
se quedó tiesa antes de la medianoche… usted no tuvo que ver con ello.

—Cuando entré, ella estaba ya muerta. Y el que registró se hallaba en el cuarto de baño. Salió antes de que yo me fuese. Haga memoria, Jim.

James Camden cogió el nuevo billete, y dijo:

—Busque un jovencito de carita monísima, que tenía manchas azules en la barbilla. Un jovencito vistiendo muy elegante, pero no

se equivoque, amigo. Yo preferiría pelear con un león hambriento, a discutir con el jovencito de marras. Son cosas que no pueden explicarse, porque se presienten… El chico no era un vulgar raterillo, y si no lo cazan pronto, hará barbaridades. Unos veintitrés años, moreno, ojos de esos que taladran…

—Gracias, Jim —sonrió Marlow—. Ya sé quién es. Adiós.

Molly Anders abrió la puerta de su estudio fotográfico, y volviéndose de espaldas se dirigió al fondo de la antesala. Sin volverse, dijo con temblorosa dificultad:

—He conseguido tu fotografía, Kern. Y en el momento más oportuno. Pandy me dejó ante el «Torch» de la 37, donde acababa de entrar el dueño de la casa playera de Babylon. Aguardé y llegó un jovencito de cara bonita. Al poco, llegaban otros dos. Los cuatro se reunieron en un rincón sombreado, y tuve que emplear el «*flash*». Con prudencia, porque, para disimular, lo disparé después hacia otras dos mesas. Y ya estaba en la calle, cuando me di cuenta que el cara bonita me seguía.

Temblaban mucho los hombros femeninos, y Kern Marlow experimentó compasión mientras rugía en su interior la ira hacia el canalla.

Molly Anders tenía las dos manos enyesadas, los labios agrietados y rojizas huellas de dedos en las mejillas.

La enlazó Marlow por los hombros:

—Lo siento, muchacha.

Húmedas las pestañas, dijo ella:

—He tomado una docena de aspirinas, pero tardaré años en olvidar al cara bonita. Viéndole seguirme no podía suponerme… la clase de bestia salvaje y cobarde que era.

—No debiste volver aquí, sino verte inmediatamente con Pandy.

—Quería revelar en seguida la placa y ganarme los cincuenta pavos. Y… después que el cara bonita se fué, llamé por teléfono a Pandy para decirle que vinieses tú, tan pronto pudieras. No quiero que nadie me vea así… y sólo tengo ánimos para hablar contigo, Kern. Comprendí que la foto que me encargabas te interesaba mucho, y pensé que el cara bonita venía a comprármela. Pero al entrar aquí, la escondí, y cuando el cara bonita entró se fué recto como una bala, al estante donde colgué mi máquina y puse bien

visibles tres placas en el revelador. El…

Cerrando los ojos, escondió Molly el rostro en el amplio torso masculino.

—El cara bonita no decía nada… Se limitaba a mirarme… No eran ojos de ser humano. No decía nada… Pisoteaba con rabia la máquina, las placas, el revelador. Destrozaba como un energúmeno, sin dejar de mirarme, apuntándome con su pistola…

Kern Marlow, inclinándose, la besó en la mejilla, susurrando:

—Te compraré dos máquinas mejores aún, Molly. No te preocupes más por el cara linda de marras. ¿Moreno, ojos como la piedra, carita de medalla?

—Lo retratas perfectamente. Apenas hubo pateado la máquina y las placas, se aproximó, y de pronto empezó a abofetearme tan rápido que no tuve ni tiempo de alzar los codos. Y estaba yo en el suelo, mareada… cuando empezó a taconearme las manos, diciendo: «Ahora sacarás fotos de viejas inválidas como tú, perra. La primera foto la tuya, perra».

Sollozando, colocó ella sus dos manos enyesadas sobre la repisa, añadiendo:

—Juró que me machacaría a muerte, si decía nada a nadie. Y sólo a ti, me siento con valor de decírtelo… Mátalo, Kern, mátalo, por lo que más quieras, pronto…

—¿Llamaste a un médico?

—En el tercer piso vive un amigo mío. Es médico, y no le expliqué nada, pese a sus preguntas. Dice que tengo varios huesos rotos, pero que volveré a quedar como antes…, Él tuvo que marcar el número de teléfono para que pudiese yo hablar con Pandy, encargándole que vinieses tú tan pronto pudieras. Mátalo pronto, Kern.

Kern Marlow estaba firmando un cheque contra su Banco, que permanecía abierto las veinticuatro horas, en Jamaica Bay.

Miró ella la cifra, y dijo:

—No, Kern. No… Esta cantidad es excesiva.

—Tus manos me gustaron siempre mucho, y las quiero volver a ver lindas y acariciantes. No te apures, que otro pagará su curación. ¿Sabes lo que vas a hacer? Con este dinero te tomas unas semanas de vacaciones en
Vineyard’s.

¿No es tu paraíso anhelado? El Hotel Edén de
Vineyard's…
y al decirlo ponías siempre los ojos en blanco. Anda, repítelo, muchacha.

Ella, sonriente, ofreció los tumefactos labios. No inspiraba apasionamiento en aquel momento, pero Kern Marlow besó compasivo.

Minutos después, indicó ella, sacando la placa que había escondido.

—Tendrás que hacerla revelar.

Recogió Marlow la delgada lámina estuchada, guardándola.

—Yo de ti, muchacha, saldría ahora mismo rumbo a
Vineyard's.
Me ocuparé del cara bonita, pero… quedan los otros tres de la foto. Te ayudo a hacer la maleta y Pandy te enviará el resto. Estaré más tranquilo, sabiéndote en tu paraíso de
Vineyard's:

En la estación, a punto de partir el pullman, sonrió Marlow:

—Te viste obligada a revelarle al cara bonita quién te encargó la foto, ¿verdad, Molly?

—Me aterrorizaba, Kern… Y era cuando ya me haría machacado las manos… No pude mentir. Sólo dije que un detective llamado Marlow…

—No te preocupes. Saben ya que estoy tras ellos. No sé todavía por qué les sigo la pista, ni a dónde me traducirá, pero es curioso que les haya puesto fuera de quicio, una vulgar foto de ellos cuatro… Buen viaje. Molly. A tu regreso tocaremos el piano a cuatro manos.

—No sé, Kern… —sonrió ella.

—Yo tampoco. Pero la cuestión es mover los dedos a modo. Hasta pronto.

Marlow fué discando los números correspondientes al teléfono de Freya Birger. Ella misma contestó. Por el auricular su voz era de contralto, aterciopelada.

—… Kern Marlow comunicando las novedades, Freya. No me aluda y conteste sólo con afirmación o negación. ¿Está sola?

—… No.

—¿… Está ahí Dorna, el ama de llaves?

—… No.

—… ¿Ronda Cass Lonigan?

—… Sí.

—… Me lo suponía. ¿Leyó el suceso ocurrido en el 116 de Canarsie Road, refiriéndose, a Alma Sonia?

—… No.

La sílaba resonó con estridencia.

—… Cuando di con la dirección de Sonia, y fui a visitarla, había fallecido poco antes, víctima, al parecer, de un ataque cardíaco. Sobre una cómoda estaba una fotografía infantil, dedicada por usted. Desapareció. Todo obra de Cass Lonigan. Luego, seré más explícito. De momento, es urgente que usted invente el mejor pretexto para que en la casa se quede solo Cass Lonigan. Tengo que interrogarle. A solas. Deje usted la llave en el hermoso macetero azul y oro, que está entre las columnas, a la derecha de la entrada. Salga usted con Bert y el ama de llaves. Me bastará una media hora. ¿Entendido?

—… Sí. Pero hemos de vernos.

—… Esta noche o mañana a primera hora, según el quehacer. Me dijo usted que fué Leif Finch, el hombre de confianza de Nils, quien le recomendó a Cass y a Bert. ¿Para qué los pidió?

—… Protegerme de galanes molestos.

—… Entendido Estoy aquí cerca. Aguardo para poder charlar con Cass. Hasta pronto.

Colgó Marlow el aparato, y estuvo al acecho desde ventanal del lujoso salón de té. Vió por fin salir del garaje el «Hudson» conducido por Bert Bradley.

Atrás iban Freya Birger y una mujer de copiosos cabellos blancos cuyos rodetes laterales parecían sostener el sombrerito negro, anticuado.

Sería Dorna, el ama de llaves.

Cass Lonigan permaneció en el umbral de la casa viendo alejarse al «Hudson».

Se dirigió al garaje para cerrar la puerta, y regresó al interior de la casa.

Marcó unos números en el teléfono del salón, y pidió imperioso:

—… Cass aguardando a Leif, en seguida.

Ken Marlow se inmovilizó a un lado del umbral. Hizo rodar en torno al índice el revólver «Savage».

Cass Lonigan anunció:

—… Acaba de irse, para acompañar a Dorna a casa de su familia. Me indicó que estuviese al cuidado del teléfono. Debe de estar esperando que la llame Marlow. Hace poco contestó ella a una llamada, pero sólo respondió con «sis y noses». Tenía la cara de cuando replica secamente a algún galán pesado. Hizo alusión a ello. Como va con ella Bert, y a éste ya no le pilla Marlow descuidado, no hay motivo de alarma.

Aguardó Lonigan, y tras la pausa replicó:

—… No es mi culpa si Bert es un estúpido abotarado, Leif. Yo por mi parte, demuestro que sé cumplir. Debía evitar que la visitase la vieja hija de Baco, y cumplí. Debía recogerle unas cosas, y lo hice. Debía evitar que Marlow tuviera el cliché, y lo conseguí, ¿no?

Mantuvo un breve instante el auricular, y contestó, ahorquillando:

—… Buenas noches.

Giró sobre sí mismo, y redondeó los ojos, erecto como un hermoso reptil. En su estómago, por dos veces empujó el cañón del revólver «Savage».

—Contra la pared, Cass. De cara a la pared, Cass. Sí, cara bonita… ¡Aplástate la jetita contra la pared!…

El bofetón en zurdazo repentino sacudió la cabeza de Lonigan, y la misma zurda en revés le proyectó de lado contra el tabique.

Lamiéndose las sangrantes comisuras, Cass permaneció rígido, como paralizado. Por unos instantes, comprendió Marlow por qué, encolerizado, Cass Lonigan aterrorizaba.

Era un ser infrahumano, un criminal nato aquel hombrecillo de lindo rostro, pero cuyos ojos podían expresar tanta furia abismal.

—De cara a la pared, Cass. Quiero evitarte que mueras tan joven. Sería estafar al verdugo.

Sacudiendo la cabeza para despejarse, Cass Lonigan se volvió lentamente.

Pero enderezó velozmente la diestra hacia su sobaco.

El culatazo en el codo, empujó hacia arriba el brazo.

—Muy altas las manitas pecadoras, Cass, porque necesito tu juguete. No quiero matarte, porque a los canallas como tú sólo se

puede pisotearles… Me das asco, ¿comprendes? Y fíjate tú el estómago que no tendré, después de tomarme tantos biberones en los muelles… Abiertas las manos contra la pared, Cass.

En torno al índice de Marlow giraba el revólver.

Dejó de girar, apenas Lonigan apoyó las dos manos en alto sobre el tabique.

La culata se aplastó en los nudillos de la diestra de Cass Lonigan, que encogió el hombro y dobló la rodilla, chillando agudamente.

Pero no cayó al suelo, porque su antebrazo izquierdo quedaba retenido por la zurda de Marlow, que repitió el culatazo en la otra mano.

—Te lo enseñaron pero lo olvidaste, Cass. No hay que golpear a las mujeres y menos si están en el suelo. Hay dos sexos, ¿sabes? Los hombres han de protegerlas a ellas, aunque nos venzan en todo. Por fin, hay un tercer sexo. El tuyo, Cass.

Arrodillado, contorsionándose de costado, Cass Lonigan miraba sus dos manos entumecidas, que iban hinchándose rápidamente. No las sentía, como si a partir de sus muñecas, la sangre, los nervios, todo hubiera cesado de existir…

—¿Qué te había hecho a ti Sonia Bergson? ¿Qué te había hecho a ti Molly Anders? Préstame atención, Cass. Mucha atención… Estabas aquí para espiar a Freya por cuenta de Leif Finch. Fuiste a atemorizar a Sonia Bergson, inscrita como Alma Terry. Vas a oír repicar en tu cráneo la culata, si pretendes mentir. No te relamas como una hiena… No pienso romperte la crisma… Me limitaré a romperte huesecillos hasta que contestes con la verdad… Alma Terry se quedó tendida ante el cuarto de baño. Dilatados los ojos por el terror. El forense dice que así mueren los cardíacos sensibles… No tenía marca alguna de violencia. ¿Qué prometías a la pobre Sonia? ¡Contesta!

—Ahogarla… en la bañera… —balbució Lonigan blanquísimo el semblante, refulgiendo como carbúnculos los ojos.

Seguía mirándose las dos manos, sentado ahora contra la pared.

A dos pasos de distancia, Marlow hizo girar de nuevo el revólver.

—¿Qué fuiste a recoger?

—Unas cartas.

—¿De quién?

—Yo sólo cumplo con lo que me mandan.

—¿Quién?

—Leif Finch.

—¿Qué más recogiste?

—Una fotografía.

—¿Quién tiene las cartas y la fotografía?

—Leif.

—¿Cómo pudiendo pelarme en seco, te contentas con un matracazo?

—Yo… sólo hago lo que me manda Leif… No tenía orden de… nada referente a ti.

—Por ahora eres sólo un cormorán pescando por cuenta de otro, pero te sobra veneno para ser escorpión independiente, mordiendo por su iniciativa. Tienes ocasión de cambiar el rumbo. Yo te la he proporcionado.

Apuntó Marlow con el revólver a las dos manos rotas.

—No te servirán para apretar gatillos, pero intenta emplearlas en un trabajo menos asqueroso. Y ahora, meditemos, hermano. Si te vas a ver a Leif… ¿crees que es un filántropo bondadoso? Te pelará. Si te quedas, en esta casa… antes de veinticuatro horas… vendrá a rematarte. Si sigues en Nueva York… Leif o yo, te freiremos, sardinilla venenosa. ¿Qué haría yo en tu lugar? Indudablemente, tratar de matar al feo elefante de Kern Marlow, que se ha permitido la cobardía de machacarme las manos, como si yo, Cass, fuese una mujercilla indefensa. Y eso eres para mí, Cass… No te desmayes ahora, Cass.

Pero Lonigan, al desaparecer el entumecimiento de sus manos, experimentó además del agudo dolor físico una intensa furia.

Las dos sensaciones juntas le sumieron en real desvanecimiento.

Kern Marlow guardó los cartuchos de la pistola de Lonigan, volviendo a dejársela en la funda axilar, tras vaciar sus bolsillos de dos peines de balas y un fajo de billetes.

Los contó. Totalizaban cuatrocientos. Tres semanas de vacaciones pagadas para Molly Anders.

El insano furor que condensaban los ojos de Cass Lonigan, al recobrarse, hubiese escalofriado a alguien más sensible que el exdescargador.

—Olvídalo, Cass. No puedes conmigo, y en cambio Leif te dará

una de sus sabias palizas, si vas a llorar en su seno. Hazme caso. Vete lejos, antes que la policía te atrape por la muerte de Sonia Bergson.

Los insultos que imprecaba, silbante la voz. Cass Lonigan, tenían dejes de femenina maldad.

Kern Marlow era impermeable a todo insulto, cuando daba por liquidada una situación o un enemigo.

Y al igual que con Nichols y Carney, daba por acabado el caso de Cass Lonigan. Pero al aspirar el aire de la calle, le pareció que abandonaba el caldeado cubil de una venenosa alimaña.

CAPÍTULO VII

Terminaba Marlow de cenar en su habitual restorán, cuando Karel Sutton vino a instalarse frente a él.

—Traigo una noticia sensacional, Kern.

—Verte me pone todo tierno, delicia.

Lanzándole una ojeada severa, la periodista abrió su block, y leyó las notas taquigráficas:

—«La central telefónica de Jamaica Junction, comunicó a la policía que el teléfono del domicilio de los Spangler estaba descolgado, y que habían oído una voz masculina, pidiendo auxilio. El matrimonio Spangler fué hallado en el comedor, en estado comatoso. Elsa Spangler sin haber recobrado el conocimiento, falleció en la ambulancia. El informe forense ha dictaminado intoxicación venenosa producida por setas del grupo muscarina conteniendo alcaloide amanita. Concretamente las setas que produjeron el mortal envenenamiento son de la especie llamada pantherina».

Colocó Marlow su ancha mano sobre el block, inquiriendo:

—¿Gösta?

Repiqueteó ella con su bolígrafo sobre la mano masculina, y prefirió apartar el block, para seguir leyendo:

—«La sólida constitución nerviosa de Gustav Spangler, ha sido la que le ha salvado de una muerte cierta. La primera investigación demuestra que la propia señora Spangler adquirió el día anterior en un establecimiento francés, donde se surte habitualmente, todas las setas que acababan de recibir. Era costumbre en ella aprovisionarse de esta clase de vegetales. No incurre en la menor responsabilidad el establecimiento expendedor, por cuanto siempre recomendaban a los compradores que hicieran la clásica prueba antes de cocinarlas. Un papel tornasol, o un diente de ajo. Seguramente Elsa Spangler descuidó esta elemental precaución».

Cerrando el block, añadió Karel Sutton:

—La pobre lo pagó con su vida. Gustav Spangler ha salido ya del estado comatoso y está fuera de todo peligro, en la clínica de Brighton Beach. Corren rumores por los muelles relacionando la muerte del anterior interventor con lo ocurrido este mediodía.

—En los muelles abundan rumores, chismes y despistes. ¿Qué tenemos hasta ahora? Un envenenamiento por setas. Un accidente vulgar, moliente y corriente. Nada más. En cambio, yo creo que por fin voy a proporcionarte el gran reportaje que estallará fuerte como la «Trihache».

—¿Sí, Kern? —solicitó ella.

Kern Marlow empujó sobre la mesa una fotografía hacia Karel Sutton.

Representaba cuatro hombres en una esquina de bar. Los sentados en una mullida banqueta, y otros uno a cada lado de la mesita.

—Max Lindfors y Nils Birger —identificó ella, señalando a los dos que ocupaban la banqueta en herradura—. Y éste es Leif Finch, el indolente verdugo, al servicio de Birger. Al otro, no lo conozco. Tiene perfil de griego.

—Este griego se llama Cass Lonigan y lo colocó Finch en casa de Freya para espiarla y evitar que visitase a Alma Terry, la mujer que esta noche pasada falleció de ataqué cardiaco en una habitación de alquiler.

Karel Sutton empezó a tomar notas taquigráficas, apresuradamente.

—Estos cuatro se reunieron a toda prisa, apenas le comuniqué personalmente a Birger en su casa de Babylon que me resultaba intrigante que una mujer inscrita como Alma Terry, fuese hace años institutriz en Suecia con sus otros dos nombres de Sonia Bergson.

—¿Qué te indujo a relacionar a Sonia Bergson y Nils Birger?

—Freya. Está convencida que no es hija de Nils. Detalles, ¿sabes? Primero la escuché con leve escama, pero ahora voy entreviendo algo raro… Éste —y apuntó Marlow sobre la foto el perfil de Cass Lonigan— me ha confesado que visitó a Sonia estando ella con vida. La amenazó y la maltrató, y cuando yo entraba en la habitación
«14 B»

del 116 de Canarsie, sólo vi a Sonia muerta. Y una fotografía dedicada por Freya. Cass Lonigan, escondido, salió para atizarme un matracazo.

Trazando los signos, repitió ella como la secretaria en la pausa:

—Matracazo.

—Visité a Birger y sin mencionar para nada a Freya, le puse el disparadero. Entonces, su criado masajista debió de avisar a Leif, y me esperaban en la carretera dos fantoches de alquiler. Pero ya tenía yo contratada a Molly, la fotógrafa ambulante, para que sacase fotos de los que visitasen a Birger o de los que fuese él a visitar. Ésta es la foto. Y Cass Lonigan ha admitido que atemorizó hasta el estallido del corazón a Sonia Bergson, para llevarse unas cartas y la fotografía de Freya. Que ahora tiene Finch. Por lo tanto, la muerte de Sonia Bergson hace sospechar que en la falsa paternidad de Nils Birger está mezclado algo muy sórdido. Punto final. De momento no hay reportaje para publicar, delicia. Irás tomando notas, y tendrás la primicia de la exclusiva apenas desenrede la madeja, cuyo primer hilo me dió Freya.

—¿Qué opinas de ella? —inquirió Karel, fingiendo indiferencia.

—¡«Guau, guau»! —Ladró Marlow—. Una salchichita suculenta, mejorando como es evidente, natural y apreciable, lo presente.

Karel Sutton arqueó las cejas con leve desdén:

—Opal dice que Freya es una nevera incapaz de sentimientos.

—¿Opal? ¿Esa cabra loca?

—Opal es mi amiga y puesta a razonar nos supera a todos. Además es mujer, y nosotras somos los mejores jueces de Eva. ¿Qué le ves a Freya?

Guiñando, picarescamente encandilado, dijo Marlow:

—Me recuerda los escaparates de pastelería, cuanto yo niño lamía, los cristales, ¡brrr!…

—Cuando hablas así, me horripilas, Kern. Si no te conociera bien, pensaría que eres un hombre sin espiritualidad, sin romanticismo alguno.

Alargó Marlow el brazo, para asir la diestra femenina.

—Sabes, delicia, que para mí tú flotas en una nube romántica, y me inspiras poéticos deseos de ir contigo la pradera, a coleccionar margaritas y a triscar retozones…

—Ya salió aquello —sonrió ella, un poco trémula la voz—.

Siempre piensas en lo mismo. Retozar, triscar… Besar…, ¿esto es amor?

—¡Ostras, sí lo es! La poesía que eres no entra por los ojos, me va al alma, después al corazón, pasa por las venas, me acelera la sangre…

Mientras hablaba se había trasladado de silla. Volvió ella a admirarse de la facilidad con que el detective desplazaba sus noventa kilos musculosos.

Kern Marlow adelantó el rostro, y ella murmuró:

—Nos están viendo.

—Que les dé dentera. Un besito solo, delicia.

Interpuso ella el block entre sus labios y el rostro de Marlow, diciendo:

—A cualquier hora expiden licencias matrimoniales, Kern. Yo te quiero… Lo confieso sinceramente. Pero te quiero como dicen en mi patria…

Y cerrando los párpados, susurró ella unas palabras de alargadas vocales.

Se interrumpió, levantándose apenas notó en sus labios el roce de los de Kern, que había apartado suavemente el block.

Volvió a sentarse, porque pasando a su primera silla, Marlow juntaba las anchas manos en súplica.

—No quiero ser una más en tu vida, Kern, sino tu esposa… o nada.

—Eres casi mi novia, ¿no? Y cuando te vas, me quedo resoplando de fuego amoroso. Pero claro, eso de casarme, tiene mucha miga, cuando ya estoy acostumbrado a ser soltero. Oye, ¿vamos al cine, delicia?

—¿Qué película?

—Da igual. Bueno, quiero decir que…

—Vamos.

Entusiasmado, se levantó él.

—Con mi madre —añadió Karel.

—Ostras… Yo a tu madre le tengo mucho respeto, pero cuando la llevamos aquella tarde al cine, me daba un codazo cada vez que yo perdía la vertical al inclinarme para decirte algo…

Brillantes repentinamente los ojos, añadió Marlow con decisión:

—Vamos a invitarla.

Rió ella:

—Nunca se duerme en el cine. No seas majadero, Kern…

Kern Marlow sonrió extasiado. Estaba decidido. Una mujer como Karel, lo reunía todo.

Dijo lentamente:

—Tan pronto acabe con el caso Birger, nos tomaremos un mes de paraíso. Ahora, déjame acompañarte a casita.

Prendida del musculoso brazo, reclinando su cabeza en el hombro, caminó ella con abandono.

Syd Cradock falló la carambola.

Y mirando agresivo a su inocente compañero, dijo:

—Se acabó la partida, Chum. Ahueca.

Kern Marlow recogió el taco abandonado por el que se alejaba, empequeñecido entre los dos colosos.

—Te juego diez pavos a la primera tacada de quince, Syd. Tacada sobre el tapete, no sobre el cráneo, animal de bellota.

—¿Qué lío te traes ahora, tío chismoso?

Kern Marlow dispuso las bolas y, echando una moneda al aire, preguntó:

—¿Cara o cruz, Syd?

—Por donde rondas tú hay jaleo. ¿Y por qué voy, a jugar contigo a nada?

—Si no tienes diez pavos, puedo prestártelos.

—Diez, veinte y cien, si se tercian… ¿Y desde cuándo prestas tú nada?

—Dije «cruz», o sea que salgo yo, ¿no?

Syd Cradock se refociló porque la mesa tenía un leve desnivel que podía acentuarse, reclinándose a un lado. Se reclinó con todo su peso, y la bola, que iba rectamente a chocar con la central, se desvió.

—Fallaste como un cegato —rió satisfecho Cradock, disponiéndose a tomar puntería.

Kern Marlow se reclinó donde poco antes lo hiciera Cradock, en el preciso instante en que la bola se dirigía a su certera meta.

Syd Cradock, crispando las manos en torno al taco, declaró:

—Contigo no juego ni al salto del cordero, tío tramposo.

—Le dijo la sartén al cazo.

—¿Qué le dijo? —quiso saber Cradock, ceñudo.

—Apártate que me tiznas. Apártate de la mesa cuando haga yo mi tacada.

—Pero echa la moneda como es debido. Pido cara.

Kern Marlow se entendía perfectamente con antagonistas como Cradock, de fondo ingenuo. Imprecó indignado cuando, a la tercera tacada, logró Cradock las quince carambolas seguidas.

Y Syd Cradock se sintió enormemente complacido, mientras frotaba su pulgar e índice.

—Me he enterado que ya no te disfrazas de marinerito —ironizó Kern—. Es una lástima. Estabas precioso con la gorrita y todo azulina… Claro, que los guantes te sentaban como a un pato.

—Tú, los diez pavos convenidos.

—¿Convenidos, con quién?

—¡Oigan, oigan! —protestó Cradock, tomando por testigos a los demás jugadores que no le hacían caso—. ¿Se dieron cuenta el tío tramposo éste?

—Me he enterado que fué Freya Birger la que te consiguió el empleo de portero, pero que te peleaste con el gerente.

—A mí, la Birger me dijo sólo que se trataba de vigilar para que al señor Spangler no le visitasen maleantes reconocidos. Y al irse éste a otro despacho, ya me sobraban los guantes y el uniforme de marineri… ¡de portero! Bueno, ¿y de mis diez pavos, que va a pasar?

—Te los juego a cara y cruz. Ahora estás sin empleo.

—¡Cara!

—A ver tus diez pavos. Buen vigilador estás tú hecho, puesto que el mismo día en que me diste fuego en la puerta, se colaron dos en el despacho de Spangler.

—Sí, pero me juraron que sólo iban por ti. Sin estropicios en la casa.

Rió Marlow, lanzando la moneda al aire. Cayó cruz.

—Me debes diez pavos, Syd.

—Apúntalos, nene. Me estás aturrullando. Me debía, diez del billar…

—Ya estamos en paz. ¿Quieres ganarte quince diarios?

—¿En qué?

—Freya Birger, esta misma noche, ha licenciado su chofer y su escolta. Ella tiene confianza en ti. Sabes conducir, y ella te asegura

quince diarios, manutención, y una recompensa de quinientos al final de mi investigación.

Syd Cradock recogió su americana.

—Vamos allá, Kern. Si paga ella, puede contar conmigo.

En la calle, expuso Marlow:

—Tengo motivos para suponer que es posible que alguien intente eliminar a Freya. Cobrarás los quinientos si Freya llega con vida al final de la investigación que estoy realizando. Pandy Gordon se cuidará de vigilar la casa desde el exterior. Tú cuidarás de Freya siempre que salga. ¿De acuerdo?

—Pagando ella, no hay pejiguera.

—Has sido respaldo de bastante gente, Syd. Tienes mal genio, pero no pelearías con un bombón como Freya. ¿Reconoces que te he conseguido la ganga?

—A medias, puesto que la pagana tiene confianza en mí.

—Yo estoy chismorreando por cuenta de ella. Por lo tanto, en esta ocasión, somos compadres. Lleva nota del horario. Visitas, salidas, etcétera, ¿estamos?

—Estamos.

—Pues a ello. Directo a casa de Freya, Syd. Buenas noches.

—Mira tú lo que son las cosas… Por esta vez, sí que lo son.

Kern Marlow se alejó en sentido contrario al tomado por Cradock. Necesitaba ya sus ocho horas de reposo.

CAPÍTULO VIII

La oficina de recluta de estibadores y control de turnos de trabajo en los muelles escandinavos de Jamaica Bay, en su estructura era idéntica a cualquier otra de las oficinas portuarias.

Al exterior, las tablillas con sus avisos; y el amplio vestíbulo con las ventanillas laterales de nomenclatura comercial bien definida.

Lo indefinido empezaba en la puerta sobre la que estaba inscrito:

«Consultorio del Patronazgo»

La puerta, al abrirse, mostraba un despacho corriente, con un mapa en relieve representando los diversos docks escandinavos. Y un fichero a la vista, con letreros cambiables de los barcos procedentes de puertos escandinavos. Sus fechas de llegada o salida.

En aquel despacho se alternaban Hank Truscoe y Joey Garland, inscritos en la nómina como secretarios administrativos. Tenían escasísimo trabajo como tales administrativos, porque al poco tiempo de ocupar sus cargos, cesaron las consultas.

Hank Truscoe constaba en el fichero personal de Kern Marlow, con la escueta mención de: «cafre bailando al son que silbe Finch». La misma característica presentaba Joey Garland.

Y ambos abandonaron sus ocupaciones al entrar Kern Marlow.

Truscoe apartó de la mesita el Boletín de Apuestas de las carreras, y Garland dejó de anotar las cifras apostadas por Truscoe a sus caballos favoritos.

Instantáneamente se convirtieron en los coriáceos elementos de acción formando barrera entre la puerta de su despacho y la otra que al fondo decía:

«Secretaría del Patronazgo»

Kern Marlow siguió manteniendo los brazos cruzados. Con las manos bajo los sobacos. Una palpando la matraca de caucho y plomo en la punta; la otra en torno a la culata del «Savage».

Posición idéntica en finalidad a las de ambos secretarios del patronazgo a cargo de Nils Birger. Cambiaba sólo el calibre.

El silencio contemplativo duró lo suficiente para que fuese el taciturno Truscoe quien lo cortara. Su voz era tajante, pese a la ronquera:

—La entrada aquí es para el personal afiliado. Conque, media vuelta, Marlow.

Joey Garland asintió gravemente, en cabezada solemne.

—Antes de salir dejen entrar, ¿no? Es a Finch al que vengo a ver, no a vosotros. Y si armamos escandalera, Finch se pondrá rabioso, porque está lampando por verme y charlar conmigo.

Truscoe miró a Garland, que dijo:

—¡Eres uno de los tipos fichados, Marlow! Y aquí dentro no tienes entrada libre.

No entraban en actividad, porque también constaba en ficha la dificultad de argumentar contundentemente con un prevenido Kern Marlow. Y éste pensaba que a la distancia de tres pasos, no era aún peligroso el escurridizo Garland.

—No patines más, Joey. Aquel cacharro le llaman dictáfono. Dale un toque y dile a Finch si quiere o no verme.

Hank Truscoe bajó la palanca y anunció.

—Kern Marlow insiste en que usted quiero verle.

Joey Garland parecía querer hipnotizar al detective… La respuesta emitida por el dictáfono le alivió:

—Adelante. El solo.

Kern Marlow esperó a que se apartase Garland. Fue Truscoe el que aconsejó:

—Tiene vía libre, Joey, ya lo oíste.

El despacho de Leif Finch tenía sus paredes acolchadas, al igual que la parte interior de la puerta, en la que se reclinó Marlow.

Leif Finch, vuelto de espaldas, se miraba al espejo. En mangas de camisa, estaba deslizando sobre su barbilla la maquinilla eléctrica. Por el espejo, contempló aburridamente al visitante.

—Pocas cosas pueden sorprenderme, pero usted sigue siendo una sorpresa para mí, Marlow. Ésta es una oficina pública, pero…,

no tanto.

—Los negocios a flor de agua o submarinos que por aquí se ventilan, me tienen sin cuidado, por ahora. En cambio, juzgo mejor que no sean públicos los asuntos que me traen pensando.

Dejando la maquinilla de afeitar, Leif Finch cogió un tarro de masaje. Se vaporizó al afirmar:

—Mucho pensar agrieta el cráneo.

—No me lo agrietaron Nichols y Carney.

—¿Quiénes son ésos? ¿Estibadores?

—Viajantes. Estarán ya lejos a esta hora. Confesaron con toda espontaneidad que usted les prometió, buena paga con tal de eliminarme.

Secándose el rostro, aseguró Finch:

—Si una gaviota se rompe el pico contra una chimenea de barco escandinavo, ya están diciendo que yo puse la chimenea a propósito.

—La calumnia es el privilegio de los jefazos, y como en realidad, todo este tinglado lo lleva usted, ha de cargar también con la calumnia. Seguro que no conoce a un muchacho llamado Cass Lonigan.

En mangas de camisa, Leif Finch fué a sentarse tras la mesa. Lo hizo simultáneamente Marlow en la silla que atrajo a un lado, desde donde eran visibles los cajones de la mesa.

—¡Un golfillo que vino pidiendo trabajo! No tenía cuerpo para estibador, y como Freya Birger me pidió una especie de guardián que no tuviera aspecto de portuario, le recomendé a Lonigan. ¿Qué pasa con Lonigan?

—Que anoche abandonó la guardia… y no ha vuelto. Hizo lo mismo Bert Bradley. A éste lo vieron cogiendo el rápido de Vermont. Creo que usted ha sido marinero, y conoce el dicho, según el cuál, cuando un barco hace agua, las ratas salen pitando.

Leif Finch pulsó el contacto de un ventilador sobre la mesa. Dijo:

—Nuestros fletes están asegurados contra naufragios. Y basta ya de escupir en el océano, Marlow. Concentre sus salivazos.

—¿Tiene idea de quién pueda ser una mujer llamada Alma Terry?

—No.

—Cass Lonigan me aseguró que por orden suya, fué a recogerle

unas cartas y una fotografía a Alma Terry.

—No creo que lo repita delante de mí.

—También juró que si bailó una danza salvaje de piel roja sádico en un estudio fotográfico, fué por orden suya. Y no me vuelva a citar la gaviota.

Leif Finch se contempló unos instantes las uñas. Declaró por fin:

—Los detectives viven de las facturas que presentan a sus clientes. Y yo vivo de un trabajo fiscalizado como regular y legal. Creo que ambos estamos perdiendo el tiempo, y su cliente también.

—Por ahora, así parece. Pero póngase en mi lugar, y no le costará mucho, ya que lleva años funcionando en los muelles, en calidad de investigador y jefe de matones de Nils Birger.

—Los muelles, como usted no ignora, exigen mano dura.

—Que ahora enfunda usted en vaselina. ¿Por qué? Me demuestra mucha paciencia, en contra de su temple habitual. ¿Por qué? La respuesta es sencilla: trata de saber hasta dónde he avanzado en un extraño buceo. Ayer le anuncié a Birger que estuve como quien dice, casi presente, en la muerte de Alma Terry. Mi deducción que a él no le conté, es también sencilla. Cass Lonigan estaba colocado en casa de Freya, para evitar que recibiera la visita de Alma Terry. Y cuando Freya solicitó mi presencia, Lonigan estaba muy dispuesto a oír lo que ella tuviera que decirme. Cuando Bradley salió del portaequipajes, Cass Lonigan se puso al habla con usted.

—¿Por qué conmigo?

—Nils Birger vive a lo sátrapa. Delega en usted toda la labor. Y usted la delegó en Cass Lonigan, que ya conocía el domicilio de Sonia Alma Bergson. Y que llegó allá con cierta ventaja. Mortal para Sonia Bergson. Y ayer tarde una fotógrafa saca un cliché de cuatro reunidos en un bar. Cunde el pánico. Hay que recuperar la placa. Usted envía a Lonigan. ¿Por qué una simple foto les pone nerviosos? A hombres de experiencia y bregados en muchas luchas, como usted, Birger y Lindfors. ¿Qué misterio hay en una simple foto como ésta?

Tiró Marlow sobre la mesa la copia fotográfica, añadiendo:

—Puede conservarla. Tengo la placa en sitio seguro.

Leif Finch empujó la cartulina hacia Marlow.

—No compro fotografías, Marlow. Está usted resbalando entre

nieblas, porque una jovencita imaginativa y desagradecida, se figura absurdos.

—Por ahora, como en todos los casos, floto en brumas, porque no encuentro el nexo de relación entre Sonia Bergson, unas cartas, los escasos años de Cass Lonigan, la cuarentena cumplida de usted, Birger y Lindfors, y el afán por recuperar una placa en la que figuran juntos…

—En la que figuran juntos dos patrones como Birger y Lindfors. Publicada en la prensa, podría dar lugar a bulos.

—¿Por qué?

—Son públicamente rivales. Y de esta rivalidad, nace el deseado equilibrio entre los dos sindicatos…

—Mentira —sonrió Marlow—. Estos muelles están dominados completamente por ambos patrones, y ninguna campaña de prensa les inquieta, siempre y cuando no aporte pruebas criminales… que hasta hoy no se han obtenido. Pero puede resultar que una «jovencita imaginativa», dándome una pista de carácter totalmente ajena a los sucios negocios portuarios, me haya dado el trampolín.

—¿Qué salto elige, Marlow? ¿Patada a la luna? ¿El ángel? Concretando: todo lo que se refiera a Freya Birger no es de mi incumbencia.

—Voy a concretarle también un punto, Finch. Mándeme otra pareja de rufianes, y me convierto en un entusiasta de Gösta Spangler. Si trata de eliminarme, procure conseguirlo, porque de lo contrario, haré que Spangler tan pronto esté restablecido, pida autorización para nombrar un personal administrativo por el estilo del de este consultorio. Y sabría escoger el personal, no lo dude. ¿Está claro?

Leif Finch se levantó. Un macizo bloque de frialdad exterior.

—No vuelva más por aquí, Marlow. Y casi le recomendaría un cambio de clima. El buen funcionamiento de estos muelles, impone a veces medidas violentas. A mí, personalmente, usted me tiene completamente sin cuidado. Pero si pretendiese importunar a mi patrón, yo cobro de él, ¿está claro?

—Tan claro como que yo vivo de presentar facturas a mis clientes. Por ahora, es Freya Birger la que paga, cierto. Y es usted duro de mollera, Finch. ¿No comprenda que si saco de dudas a Freya, renuncio a seguir investigando más? ¿No adivina que si

puedo darle a Freya una explicación convincente sobre la paternidad de…?

Se interrumpió Marlow, asombrado. Hasta entonces, nada de lo que dijese había alterado al primer capataz de los SkanDocks.

Y súbitamente, la palabra «paternidad» había suscitado en Leif Finch un respingó nervioso, un pestañeo y un extraño centelleo en el apagado matiz de sus pupilas.

—¿Qué… qué idiotez acaba usted de soltar? —inquirió Finch, dominándose de nuevo.

—Lo mismo pensé yo antes de que muriera Sonia Bergson, la institutriz que tuvo Freya Birger desde sus primeros dientes hasta los dieciocho años.

Leif Finch volvió a sentarse.

—Repítaselo a Birger. Él se reirá. Yo no veo la gracia en que una hija sea tan…

Se interrumpió mirando la lucecita roja que, con insistencia, se encendía sobre la puerta. Y el dictáfono emitió con velocidad el fraseo de Joey Garland:

—Clancy Wilson viene hacia aquí.

—Adelante —dijo Finch, de nuevo impasible, cerrando el contacto.

Miró a Marlow, añadiendo:

—Sabe que no somos del mismo equipo, Marlow.

—Tampoco soy del equipo «C.I.D.U.S.A.»[2]. Constará que usted me llamó para ofrecerme plaza de investigador fijo.

Asintió Finch, mientras se abría la puerta.

Clancy Wilson, teniente detective portuario, tenía aspecto de zorro con gafas, pensó Marlow, como siempre que lo veía. Físicamente, un cincuentón de cabello rojizo estriado de canas, bajo de estatura, desaliñado.

Pero su cazurrería, era temida en los SkanDocks. Prescindía de todos los rumores, y sólo intervenía cuando poseía una certidumbre.

Miró por encima de sus gafas a Marlow. Leif Finch dijo:

—Buenos días, teniente. Trataba de convencer a Marlow para que aceptase un empleo fijo como detective del Patronazgo. ¿Puede volver más tarde, Marlow?

—Que se quede. Somos casi colegas. Y además, puede que sepa algo. Usted sí que sabe mucho del hombre que encontraron tirado

como un pelele entro los bidones viejos, al exterior del hangar sexto.

Leif Finch contempló al que, sentándose al otro lado de la mesa, frente a Marlow, parecía examinar atentamente las ondulaciones de las tirillas de papel agitadas por el ventilador.

—El hangar sexto es el de estiba de lastres. No me han comunicado nada, teniente.

—Encontró el pelele un agente de mi jurisdicción Pero el hangar sexto es de la suya, Finch.

—Es un sitio al que ni siquiera ponemos guardián, teniente. Apartado.

Clancy Wilson estornudó, y con un amplio pañuelo se tiró de las narices.

—Ese hangar da sobre la carretera, y casi podemos decir que queda fuera de los muelles, teniente —prosiguió Finch.

Limpiando sus gafas, comentó Wilson en tono trivial:

—El pelele estaba desarticulado. Una paliza maligna. Según el forense, administrada con un objeto contundente, que pudiera ser una llave inglesa o la palanqueta de un gato de automóvil. Huesos fracturados en profusión. Las dos manos rotas. No con llave inglesa. Estaban claras las estrías de una culata. Y para no darle la menor posibilidad de sobrevivir, le alojaron además una bala calibre 8 milímetros entre los dos ojos al joven Cass Lonigan.

CAPÍTULO IX

Colocándose de nuevo las gafas, añadió Wilson:

—Un hombre de su reconocida eficacia, Finch, peca a veces por exceso. Tiene un despacho caldeado y un ventilador. Rebaje la calefacción y cierre el ventilador. ¿Qué opina del triste fin de su protegido?

Leif Finch dirigió una mirada casi amistosa a Marlow, que antes de abrirse la puerta, había recogido la fotografía de encima de la mesa.

—Puede hablar tranquilamente ante Marlow. Si está dispuesto a darle un cargo de confianza, empiece ya a demostrárselo. —Miró al detective—. Siempre pensé que algún día iba usted a acabar así, Marlow. La independencia en los muelles regidos por el dueto BirgerLindfors es un imposible. ¿En qué hora, fecha y lugar vió por última vez a Cass Lonigan, Finch?

Leif Finch ocupaba su cargo porque, además de saber mandar en los selectos matones, poseía inteligencia.

—Ayer tarde a las cuatro, aproximadamente, estando en el «Torch» de la 37, donde el señor Lindfors citó a mi patrón. Inopinadamente, llegó Cass Lonigan. Volvía a importunarme pidiendo otra ocupación. Ya es sabido que desde que le presté mi fianza y garantía, quería trabajar en los muelles. Últimamente le recomendé a la hija de mi patrón, y ayer tarde vino a decirme que no había nacido para lacayo de damas asustadas por impulsivos admiradores.

—Freya Birger declara que a su regreso ayer noche, encontró a Cass Lonigan con las manos vendadas. El muchacho manifestó que se había quemado con gasolina. Y que se iba. Se fué con Bert Bradley, pero éste fué visto a las ocho treinta cogiendo el tren para la frontera norte. Y a Cass Lonigan le apalizaron y cerraron los ojos eternamente, a eso de las once de la noche. Y está comprobado que

permaneció tirado en la cuneta entre los bidones viejos al exterior del hangar sexto, desde las once hasta la hora en que lo encontró uno de mis agentes de patrulla. Cass Lonigan le tenía mucho cariño, Leif.

—Mucho, en efecto. Era un pillete raterillo, cuando le di su primer empleo. Me ocupé de él, porque…

—Ajeno a lo que me importa, Finch. Usted sabe escribir a máquina, y esta portable debe funcionar. Vaya anotando para su firma personal, los siguientes datos… ¿quiere?

Leif Finch atrajo la portable, abrió, y enrolló tres folios tras interponer dos papeles carbón.

Kern Marlow parecía muy absorto en la lectura de una revista náutica.

—Inscriba sus nombres, Finch, y actividades desde ayer, entre las horas siete y doce de la noche. Lo mismo con referencia a Truscoe, Garland, Battling, y el resto de los incluidos como administrativos en esta oficina.

—Tendré que preguntarles a ellos personalmente —replicó Finch, extendidas las manos sobre el teclado—. Y prefiero serle sincero, teniente. Si alguno de los que están dependiendo directamente de mi mando, cometiera un error, y suponiendo que fuese yo tan impulsivo como para decretar su eliminación, ¿iba a elegir mi propio terreno? Usted bien sabe que yo apreciaba mucho a Cass.

—Hay viudos que dijeron lo mismo antes de entrar en la cámara de gas. Yo me volvía loco por el lomo de cerdo con fríjoles. Y ahora lo odio. De todos modos, he de admitir que si quería eliminar a Cass Lonigan, lo habría hecho más científicamente. A menos que lo encargase a personal torpe, no encuadrado en su oficina. ¿Instructivo, Marlow? Me refiero a lo que oye.

Cerrando la revista náutica, dijo Marlow:

—Considero prematura mi intervención, porque todavía no estoy a sueldo de esta oficina.

Clancy Wilson aguardó a que cesara el tecleo de la máquina. Cogió el folio original que le tendía Finch.

—Hay una coincidencia doble. Les encuentro a ustedes juntos, y coinciden los dos en otro punto. Finch recomienda a Lonigan como escolta de Freya Birger, y Marlow recomienda a Cradock para el

mismo cargo.

—Freya, al irse Bradley y Lonigan —declaró Marlow— me pidió una escolta, y Syd Cradock vale por los dos.

—¿Es que sus adoradores la atacan en masa a Freya? En fin, estoy retirado de esos trotes. O sea que usted firmará que de siete a nueve estaba en el restorán de Grundmá Holberg, de nueve a once jugó al póker en las salas del «Nordiskä Casino», y a las once y cuarto a su domicilio. Hombre de costumbres metódicas.

Llamaron en la puerta, precediendo la entrada de Olaz Sörman, principal auxiliar del teniente Wilson.

Tendió unas hojas de block. Firmadas. Le interrogó Wilson con la mirada.

—Todos con su perfecta coartada, señor —manifestó Olaf.

—«Perfecta» significa que no es planeada de antemano. Léalas y firme, Finch. Es personal suyo.

Leif Finch fué firmando.

—¿Por qué guarda dos copias de su coartada, Finch?

—Una para archivar. Otra para mi patrón. Tiene su archivo particular.

—Buena organización. Buen sitió éste para un empleo, Marlow… si Spangler no los mete a todos en aprieto. ¿Quién pudo ensañarse así con Cass? Sé que me toca averiguarlo, pero a lo mejor tiene usted una pista. El forense me ha garantizado que los culatazos en las manos fueron anteriores a la paliza mortal.

—Le doy mi palabra, que haré cuanto pueda por averiguar quién mató a Cass Lonigan, teniente.

—Es emocionante esta aportación de civismo, ¿verdad, Olaf? Buenos días.

Olaf Sörman cerró desde fuera la puerta, apenas salió el teniente Wilson.

Densos los ojos, Leif Finch contemplaba a Marlow.

—Conviene ponerlo en claro, Finch —indicó Kern.

—De las manos de Cass respondo yo. Del resto, que me registren.

—Usted… triplicaba en peso al muchacho.

—Molly Anders se ganaba la vida con las manos haciendo fotografías. Se las rompió, a taconazos, Cass Lonigan. Ya intentó darme un culatazo en la mano… Pero no es esto lo que ahora

interesa, Finch. Vaya encadenando… Muere Sonia Bergson, y aparece muerto Cass Lonigan. Consulte con Birger. Y llámeme cuando lo crea oportuno.

—¿Dónde está Molly Anders?

—Olvídela. Se fué a pasar su convalecencia lejos. Supongamos que Cass Lonigan sabía demasiado para su corta edad. Supongamos que Max Lindfors decidiera eliminarlo. Evidentemente, hay alguien interesado en que no se encuentre ninguna relación entre la institutriz Bergson, y los tres que quedan en la foro sacada por Molly Anders. Ese alguien es uno de ellos.

Mostrando la foto, cogió Marlow un lápiz de la mesa. Trazo una cruz sobre Cass Lonigan, hincando la roja punta afilada.

—Hablaré con Birger. ¿Dónde puedo llamarle a la hora de comer?

Escribió Marlow el número del teléfono de su restorán. En la esquina de la foto.

—Me gustaría seguir su consejo, Finch. No quisiera agrietarme el cráneo pensando demasiado en este asunto. Trate de convencer a Birger de que me den una explicación razonable. No en dinero. En pruebas, demostrando que nada tienen que ver ellos con la muerte de Sonia Bergson. Y entonces, tendrá usted que exponerme las razones por las que envió a Cass Lonigan a recoger unas cartas y una foto de Fruya. Si a las tres no me ha llamado, actuare por cuenta de mi cliente.

—Me pondré en contacto con usted antes de las tres, Marlow.

Leif Finch acompañó al visitante hasta el vestíbulo. Y en voz baja, dijo:

—Es imposible que Birger o Lindfors dieran la orden de matar a Cass. Le llamaré antes de las tres, Marlow.

En la amplia acera, contempló Marlow el movimiento portuario. Ruidoso. Grúas, camiones, carretas de motor trepidante…

En dos ocasiones, un disparo allí había pasado inadvertido en pleno día. Pero aquella mañana, Kern no debía inquietarse; tenía el parapeto reciente de la visita del teniente Wilson.

Condujo al máximo de velocidad permitida, hasta otra oficina. La del Registro de Identidades, Fianzas y Garantías Personales.

Sesenta millas separaban la ciudad de Nueva York, de la penitenciaría de Port Chester, cuyos grises muros tenían la

peculiaridad de estar enclavados en cimientos de suelo pertenecientes a dos Estados.

En su mitad nordeste era suelo del Estado de Conecticut, y el resto quedaba en territorio del Estado de Nueva York.

El alcalde de Port Chester era un obeso funcionario con la estólida apariencia del que lleva muchos años vegetando entre rejas.

Colgó el teléfono tras la breve conferencia solicitada por línea especial, y dijo:

—Comprobado, y estoy enteramente a su servicio, señor.

Kern Marlow sólo recurría en contadas ocasiones a su doble personalidad, que el «Naval Intelligence Office federal», ratificaba.

Su grado de inspector del organismo secreto del contraespionaje naval, tuvo que hacerlo valer para conseguir los informes que se disponía a ampliar.

—Necesito que usted me dé su personal opinión sobre el recluso número 440, alcaide. Recluido por la ley Sullavan.

El alcaide manipuló en un archivador, regresando con una carpeta. La abrió en abanico de cuatro cartulinas. La primera contenía la filiación; la segunda el resumen de sentencia, la tercera, conducta durante la reclusión, y la cuarta la mantuvo abierta, diciendo:

—Salió en libertad con fecha once de noviembre del año pasado. Cumplió sólo seis meses, porque obtuvo las reducciones que la misma ley Sullavan señala al presentarse una fianza de garantía personal suficiente. Presentó está garantía un tal Leif Finch, primer capataz de los SkanDocks.

—Cass Lonigan, según consta en el fichero que consulté hace dos horas escasas, atacó en estado de embriaguez a un agente de policía. Se limitó a pegarle con el puño. Pero llevaba encima una pistola, sin balas ni licencia. Estaba, por lo tanto, incurso de lleno en esta ley Sullavan. Cass Lonigan no tenía aún su mayoría legal, puesto que acababa de cumplir veinte años, y resulta sospechoso que realizara precisamente varias de las menudencias condenadas por la ley Sullavan: ataque en la vía pública a mano limpia contra un agente uniformado, llevando un arma sin licencia ni proyectiles, y en estado de embriaguez, no habiendo aún alcanzado la mayoría de edad legal.

—En el argot penitenciario, a ciertos delincuentes juveniles los llamamos «tocinillos», porque vienen deliberadamente. ¿Dónde hallarían mejor alojamiento, escondite y guardia armada gratis?

—Por lo tanto, usted admite que Cass Lonigan ingresó voluntariamente, conociendo la ley Sullavan y sabedor de que, por cometer su acción en el Estado de Nueva York, vendría a esta penitenciaría, única federal de los cinco Estados costeros del norte.

El alcaide, consultando la carpeta, pidió por el teléfono interior:

—Que venga el guardia Murray. —Y ahorquillando, aclaró—: Estuvo en la galería donde tenía Lonigan su celda. Creo que él podrá darle informes más detallados que los míos.

El celador que entró poseía la misma palidez malsana que el alcaide.

—Dígame, Murray, ¿recuerda al número 440?

Frunciendo el entrecejo, tardó Murray sólo segundos en definir:

—Cass Lonigan, ley Sullavan, cumplió sólo seis meses por reducciones de fiador responsable.

—Murray posee una memoria de registrador —alabó el alcalde —. Denos su opinión personal del secreto, motivo por el que ingresó Lonigan.

—Miedo a estar fuera, carencia de dinero para esconderse lejos, y aquí encontró el mejor refugio. Sucede con frecuencia. «Ellos» conocen a veces las leyes, mejor que un abogado.

—Durante su estancia, ¿sucedió algo fuera de lo común?

—El número 440 se comportó muy dócilmente, aceptó con verdadera paciencia los veintiún días de período de prueba en los que comprobamos el carácter del recién ingresado, y no dió el menor motivo de queja. Si no hubiera sido así, no habría obtenido los beneficios de reducción y libertad bajo fianza personal.

—Por lo tanto —pareció pensar Marlow en voz, alta— Lonigan ingresó con una consigna. Hacerse valedor de la libertad a los seis meses. Gracias, Murray.

El alcaide hizo un ademán, y el guardia Murray se fué.

—¿Tienen diario de a bordo? —inquirió Marlow.

—Si se refiere al copiador de partes, sí.

—Me interesa hojear el correspondiente a los seis meses que estuvo aquí Cass Lonigan.

El voluminoso copiador fechado en cada hoja, tenía recopilación

del parte de reclusos en su cifra total, novedades de enfermería, copia de los ranchos, y por último en algunas hojas al final, había otra mención:

—«Incidencias» —leyó en voz alta Marlow.

—Peleas entre reclusos, ardides para ingresar en enfermería, intentos de fuga. Lo usual en las penitenciarías. En estos dos trimestres que usted consulta no hubo plantes. ¿Busca alguna incidencia en particular?

—No. Confieso qué estoy tanteando, guiándome por una sospecha no definida. Pero conocí a Lonigan, y su carácter no era como lo ha pintado Murray. Ni era de los que llevan una pistola sin balas, y bebido no hubiese empleado los puños, teniendo un revólver más contundente que los nudillos. Ni buscaría refugio porque aborreciera tanto a la humanidad como estar entre rejas.

—Hay contradicción, señor —observó el alcaide—. Usted sugería que ingresó voluntariamente.

—Aleccionado por la única persona que él obedecía. Su fiador, el que lo sacó a los seis meses.

Iba hojeando, fijándose sólo en el apartado: «Incidencias». Un fallecido por ingestión de aguja de coser. Otro por estrangulación. Ambos de la galería octava.

—¿Quién ingresa en la galería octava?

—Ley Hoover, atraco a mano armada.

En las incidencias figuraban únicamente reclusos de la galería octava.

De pronto, experimentó Marlow los síntomas de lo que él definía: «Doblar la pata, avanzar el morro y levantar las orejas». Como los sabuesos de caza, bien entrenados, al olfatear pieza.

Tocó con el índice la hoja fechada a los cuarenta días del ingreso de Cass Lonigan:

—No acabo de entender esta «incidencia».

Giró el copiador presentándolo al alcaide, que leyó:

—«Número 67, Axel Jensen, ahogado en la ducha general. Ningún testigo». Lo recuerdo, porque se llevó a cabo una investigación por funcionarios federales. Dictaminaron que el número 67, que por su condición de bibliotecario, podía asearse sin ceñirse al horario común, había resbalado al pisar su jabón. Chocó con la nuca en la llave de paso, y quedó inconsciente, mientras el

agua seguía chorreando e inundaba sus pulmones. Accidente.

—Déjeme ver la ficha del número 67.

Tras examinar las cuatro cartulinas, la última de las cuales: «SALIDA», estaba atravesada por una estampilla «D.I.» (Defunción Incidental), pidió Marlow.

—¿Puedo disponer de fotocopia de este expediente?

—Daré la orden al laboratorio. Unos minutos. Yo mismo, personalmente, voy al laboratorio.

A Solas, Kern Marlow resumió mentalmente el «caso Axel Jensen».

Nativo de Suecia, marinero mercante del vapor sueco «Läger», maderero. Que rendía viaje en New Haven, puerto principal de Connecticut.

En su ficha de ingreso, constaba como soltero, de veintitrés años. Condenado a veinte años por asalto a mano armada, más accesoria de otros veinte, sujeta a revisión al término de la primera condena principal.

Aparentemente, una incidencia muy desafortunada había liquidado la doble condena del escandinavo Axel Jensen, cuando faltándole meses para cumplir la condena principal, resbaló bajo la ducha.

El alcaide entregó cuatro fotocopias perfectas.

Y fuera de la penitenciaría, sentado iras el volante, Kern Marlow anhelaba llegar cuanto antes a Nueva York.

Necesitaba obtener del
«Lloyd's»
la relación de tripulantes que veinte años antes se hallaban con Axel Jensen a bordo del «Läger».

La carretera a cinco millas de Port Chester remontaba un paraje montañoso. En su descenso, Marlow, conduciendo maquinalmente, fué alertado por un sexto sentido.

La velocidad progresiva del «Ford» no correspondía a un deseo del conductor.

Pisó a fondo el pedal de pie.

El coche aceleró.

Y de pronto, en un traqueteo, se ladeó sobré el abismo. La rueda izquierda delantera salió despedida.

El «Ford» rozó chirriando la tela metálica protectora, antes de

capotar y describir una vuelta completa, lenta, precediendo la serie de volteretas rápidas con que se destrozó al fondo del abismo, incendiándose.

CAPÍTULO X

Leif Finch conducía flemáticamente su «Cadillac».

Con la misma estolidez cerró la puerta del garaje.

Y perdió toda su nórdica frialdad al volverse.

Kern Marlow mostraba un diario de la noche. Enrollado. Y a la rápida reacción de Leif Finch correspondió Marlow dándole con el periódico en el hombro derecho. El periódico estaba enrollado en torno a una palanqueta de la caja de herramientas del «Cadillac».

Contra su voluntad encogió Finch el brazo derecho, mientras en su barbilla chocaba el puño izquierdo de Marlow. El periódico volvió a golpear, ahora el cráneo de Leif Finch. Que se recuperó atado de manos al sillón tubular de su modernísimo salón *living*.

Kern Marlow, sentado enfrente, comentó:

—Nadie en la casa. Podemos charlar en plena confianza. Voy a leerte un suceso de Última Hora, en la edición nocturna.

Desenrollando el periódico, leyó Marlow:

—«White Plains. El detective privado Kern Marlow perece carbonizado en el vuelco de su coche. El incendio y la subsiguiente explosión atrajeron a unos cazadores…»

Tirando el periódico sobre la mesita a su lado, sonrió Marlow:

—Tengo influencia en la prensa. Y tengo un ángel de la guarda que me quiere mucho. Salté a la carretera al mismo tiempo que la rueda. No estaba mal: aflojar las tuercas, en un cálculo excelente. Se acabarían de soltar en la rápida rodada cuesta abajo. No me hables de la gaviota que tropieza con la chimenea, Leif.

Leif Finch removió las mandíbulas, estirando las piernas. Había contemplado suficientemente las cadenas de transmisión que rodeaban sus antebrazos apretándolos sobre las abrazaderas tubulares del sillón.

Densa la mirada, reprochó:

—Un accidente como otro cualquiera. ¿Para qué iba yo a perder

el tiempo en cálculos problemáticos?

—Un ayudante de máquinas a bordo del «Läger», está capacitado para esta clase de cálculos. Mi coche permaneció cerca de una hora en un aparcamiento solitario en el camino de acceso a Port Chester. Una mala costumbre ésa de no permitir el paso de coches ajenos a la penitenciaría. Y en reglamentos y leyes estás empollado, Leif. Como la ley Sullavan, por ejemplo. ¿Gaviota?

Y removió Marlow las manos fingiendo alas.

Leif Finch alzó los poderosos hombros. Volvió a parecer un cuarentón infinitamente aburrido.

De vez en cuando miraba el reloj de pared… como si mirase un punto indefinible a espaldas de Marlow.

Pasaban seis minutos de las once de la noche…

Kern Marlow señaló sobre la mesa una fotografía:

—Trucada, Leif. En una reproducción se borra a un personaje y un dibujante sabe trazar los perfiles adecuados para colocar otro personaje. Mírala, porque es una obra de arte.

Era la que reproducía a Nils Birger, Max Lindfors, Leif Finch… en el rincón del «Torch» de la 37. Pero en lugar del perfil de camafeo de Cass Lonigan, había un rostro mirando a la cámara.

Flaco, de largos cabellos, huesudo, semblante juvenil…

—Axel Jensen —presentó Marlow—. Ya sé que no enviaste a Lonigan a recoger la placa por temor a que surgiera el fantasma de Axel Jensen. No querías que Cass apareciera en íntima cofradía con dos personajes de alta categoría, y un primer capataz secretario. Por si empezaban a estudiar el pasado brevísimo de Cass. Un tipo listo como yo, naturalmente.

—Nadie discute tus dotes, Kern.

—Esta confianza me enternece, Leif. Necesito que corrobores cuanto voy a decirte. Nos remontaremos a veinte años atrás. Ibas a bordo de un maderero. El «Läger». En calidad de ayudante de máquinas.

—Sí.

—Primer mayordomo, Nils Birger.

—Sí.

—Telegrafista, Max Lindfors.

—Sí.

—Estibador, Axel Jensen.

—Sí. Y había otros diez estibadores.

—Ciñámonos a lo esencial, Leif. Estoy imaginándome New Haven como si estuviese a bordo del maderero. Cuatro buenos camaradas…

—Todos lo éramos a bordo, menos Axel Jensen.

—Ya sé que la investigación os eliminó a vosotros tres como al resto de la tripulación. Un telegrafista culto, un primer mayordomo zorruno, y un ayudante de máquinas taimado. Axel Jensen, un estibador brutal. ¿De quién partió la idea? No importa. Vosotros tres seguís siendo inductores. Arranca de lejos. De hace veinte años. Esqueletos en el armario. Axel Jensen empuña el revólver, y le da el alto al que llevaba las pagas de la factoría maderera de New Haven. El buen hombre se resiste, y Axel Jensen mata. Sale huyendo con la saca, pero le han visto y le persiguen. Cuando por la noche le dan caza, ya no tiene el dinero. Un fortunón: había las pagas mensuales de un centenar de empleados. Calderilla. Hermosos billetes para liquidar todas las facturas. Un total rozando los trescientos mil dólares.

—Cualquier periódico de la fecha…

—Yo me guío por expedientes judiciales. Axel Jensen aparece descrito como un bruto taciturno, emperrado en que tiró el dinero al mar, que no tenía cómplices. Le condenan a veinte años, más una accesoria de otros veinte, que se le condonarán si revela quién fué su cómplice, el que recogió el dinero. Pero Axel Jensen, se cierra en negativa. Es un leal compañero. A bordo, todos informan que Axel Jensen no tenía ningún compañero. Era hosco, pendenciero, y antipático. Una especie de Cass Lonigan. Y tú eres un talento domando tipos así.

—Una teoría hábil, pero no vas tú a enseñarles su oficio a jueces, tribunales y policías.

—Cuando termine de hablar contigo, resucitaré también para Birger y Lindfors. Con acopio de fotografías ante jueces, tribunales y policías. Estábamos en New Haven. Todos declarasteis, y el «Läger» reemprendió viaje de vuelta. Tipos de frente estrecha, hubiesen abandonado el barco inmediatamente, dándose la gran vida. Vosotros no. Seguisteis a bordo. Navegando dos años más. Primero Lindfors, pasó a otro barco. Después, Birger, y por último tú montaste un pequeño taller en los muelles escandinavos de Nueva

York. Más tarde, era lógico que antiguos compañeros de singladuras se reuniesen. Situándose lentamente. Comprando votos, aterrorizando a los remisos, escalasteis posiciones en los Skan. Empleando el mismo sistema en las reelecciones. El dinero inicial lo proporcionó el leal Axel. Un dinero cambiado en escalas de manera que no se le hallase la pista. Ya la vida era una delicia hasta que de pronto surge Sonia Bergson.

Leif Finch ladeó la cabeza, cerrando los párpados. Otro que no fuese Kern, hubiese creído que su oyente dormía.

—También progresaba, en Port Chester, el recluso 67. Quiso instruirse, y explicaba al capellán que, cuando saliese, estaría totalmente desconocido. No era fingido su afán de redención. Pidió correspondencia con una mujer sueca, una honorable institutriz.

—Indudablemente, sabes informarte, Kern.

—Unas cartas emocionantes. Nunca citaba a nadie del «Läger». Hablaba sólo de la hija de Sonia Bergson, y ésta parecía una madre orgullosa hablando de su hijita Freya. Por más leal que fuese Axel, ¿por qué consintió en ser atrapado? Porque vosotros jurasteis que os cuidaríais de su hijita natural. Confiada a Sonia Bergson, que la recogió al saber que Axel Jensen tardaría años en volver. Y ahora me traslado a Estocolmo.

Leif Finch esperaba para las once y media una visita. Que no tocaba el timbre porque tenía llave propia.

—Un buen día, llega, muy señorial, Nils Birger. Ha decidido adoptar a la hija de Axel, pero es preferible que la pequeña ignore la triste historia de su padre. Accede la buena señora Bergson. Corre con los gastos Nils Birger, filántropo. No desea ser mencionado, pero que sepa Axel que ya está protegida y mimada ricamente su hijita. Y a la señora Bergson le cuesta mucho despedirse de Freya, cuando a sus dieciocho años parte para Nueva York. Pero así lo quiere Axel, dirá Nils. Sólo a Sonia Bergson.

—Siguen siendo teorías, Kern —bostezó Finch.

—Las corroborarán Nils y Lindfors. Porque Sonia Bergson no ha muerto.

Leif Finch pestañeó y, dominándose, dijo aburridamente:

—Comprendo el simbolismo. ¿Cartas?

—Ella seguía manteniendo correspondencia con el recluso 67 de Port Chester y cuando le devuelven su última carta por defunción

incidental de Axel Jensen, decide venir a Connecticut. Tarda en encontrar a Nils Birger. Quiere ver a Freya. Quiere hablar con ella. Ha sabido que Freya abandonó el hogar del que para ella era su padre. Exige ver a Freya. La tranquiliza Nils. Pero Freya me ha contratado. Alarma en el trío. Y envían a Cass… Ahora comprendo el susto mortal de la señora Bergson. Cass Lonigan le anuncia que morirá como Axel Jensen. Comprende ella de pronto que Nils Birger es un inductor de asesinatos… Lonigan se lleva las cartas de Axel y la foto de Freya.

—Era mucho más sencillo convencer a la Bergson de que su cariño por Freya lo demostraría mal, revelándole que su verdadero padre era un criminal.

—Te he dicho que Sonia Bergson no ha muerto Dejó unas cartas a Freya.

—Mentira —rió Finch.

El reloj marcaba las once veintisiete.

—Todo concuerda. Lonigan mató a Axel, bien aleccionado. Ignorando por qué, te obedecía ciegamente. Se aproximaba el término de la primera condena, y Axel hablaría, revelando quiénes fueron sus cómplices. Su crisis de devoción, le imponía cumplir la entera condena por la muerte del pagador. Y revelaría quienes eran sus cómplices, si éstos, además de restituir el dinero robado, no le traían a su hija. Los reclusos se convierten en maniáticos, y a Axel le dió por la redención furibunda.

—¿A quién lo declaró, dónde lo escribió?

—Un abogado le visitaba cada año, renovando la misma cantilena. «Revela quién fué el cómplice al que entregaste el dinero. Jensen». A los diecinueve años de condena, Jensen contestó: «Todos nos redimiremos el mismo día en que purgue yo la pena que la Ley me impuso». El abogado lo repetiría, y llegaría a vuestros oídos, porque estaríais interesados en este leguleyo… Y madurasteis un plan ingenioso. La ley Sullavan aplicada a Lonigan, lo enviaría a Port Chester. Un poco de jabón en la planta de los pies, cuando ya un golpe en la nuca dejó inconsciente a Jensen. Hacerle chocar de cabeza contra la llave de paso abierta, de modo que casi se incrustase en ella. Debió disfrutar Lonigan. Un desgraciado… Y voy a darme un gusto, Leif. El mismo que luego me propongo obtener entrevistándome a solas con Birger y Lindfors. Porque además de

cultivar como flor venenosa en invernadero los instintos bestiales de Lonigan, luego Birger o Lindfors encargaron que lo suprimieran sádicamente.

—La muerte de Cass se aclarará como obra de Molly Anders. ¿Tú, qué te propones?

—Romperte los huesos. Por la muerte de Axel Jensen, por el…

Alzó Marlow un pie, coincidiendo con el apagón de las luces. Abalanzándose hacia Leif Finch, que había dado un taconazo…

Hombres precavidos, con muchos ardides… ¿Un interruptor bajo la alfombra? Eso fué lo último que pensó Kern Marlow, mientras un olor punzante invadía su olfato. La blanda masa de penetrante acritud, le obligó a llevarse las manos a rostro y garganta.

Rozó unas manos pequeñas, enguantadas.

Fué la última sensación física antes de desplomarse.

CAPÍTULO XI

Olía a lavanda. Un fresquísimo aroma. Las luces dejaron de ser halos neblinosos para centrarse en vulgares bombillas.

Y tendido a un lado del sillón en que se hallaba Leif Finch, aún sujeto por los antebrazos. Kern Marlow se palpó los huesos de la base del cráneo.

Dolían no por impacto, sino por reflejo.

Sabía dónde estaba el cuarto de baño. Y estaba resolviendo el último misterio, el más reciente. Conservaba su arma… y la vida.

Se enderezó trabajosamente y se dirigió a la pila. Abrió el grifo; bajo el chorro de agua, sacudió violentamente la cabeza. Y al reaparecer se aproximó al «pelele».

Leif Finch debía de haber sufrido una lenta agonía. Mordiendo el pañuelo introducido en su boca, que le impidió gritar.

Rotos los huesos. Una bala en el entrecejo, a quemarropa.

Kern Marlow hizo girar el tambor de su revólver. Munición completa.

De encima de la mesita faltaba la fotografía trucada. Y de sus bolsillos, las fotocopias del expediente Jensen.

Salió a la calle, sintiéndose aún mareado. Y empleó doce fichas, marcando doce números distintos, hasta conseguir el informe que deseaba.

Un deferente varón, admitió que la señorita Opal Lindfors se hallaba en el «Trocadero». ¿De parte de quién?

Kern Marlow colgó el aparato y cinco minutos después recorría visualmente la penumbra azulada del lujoso club de noche.

El reloj sostenido por Cupido, con flechas rosas, señalaba la una y siete minutos de la madrugada.

Sólo dos parejas se movían por la pista. La mayor parte de la concurrencia eran «fans»[3] del quinteto Count Merryval.

Opal Lindfors solitaria en su mesita, se arrancó del éxtasis, y sin

aplaudir como los demás, manifestó su aprobación con asentimientos. La cabellera roja se alzaba en cola de caballo. Una funda verdegris cerraba hasta bajo la barbilla el delgadísimo cuerpo.

Kern Marlow llevaba ya unos cinco minutos sentado. Los «fans» iban abandonando el local, porque el quinteto ya había terminado su actuación.

—No sabía que te gustaba la delicuescencia esotérica solidificada en el pentagrama, «LowLow» —declaró, majestuosamente, Opal Lindfors.

Un diminutivo que meses antes le había hecho gracia a Marlow. Pero que no le hacía ninguna en aquel momento.

—Ésta noche he tenido una prueba indiscutible de que me quisiste, Opal.

—La vanidad masculina es insondable como un pozo infinito de estupidez paralela. Por la expresión facial y el congestionado velo que tapiza tus hermosas pupilas, deduzco que las libaciones a que has rendido culto han sido de órdago, «LowLow».

—Tú de orate no tienes nada. Es pose de original excéntrica. Y a veces pensé que tu afición al éter acabaría por conducirte a una locura real.

—El éter me eleva el espíritu decaído. Vuelvo a encontrarte interesante, Kern. Reluces como un león con alta temperatura.

—Tienes llave del domicilio de Leif Finch.

—El paraguas de mi tía está en el perchero de mi primito Archie. Método Ollendorf. Escucha, Kern… Para hacerse el loco hacen falta condiciones especiales. Me acusas de etérea, y de pronto sacas a colación la llave de Leif. ¿Un poco de café, mucha sal, amoníaco y una barra de hielo pulverizada entre tu bello cogote y esa horrible camisa que ostentas impúdicamente?

Kern Marlow meditó que el hombre en general era un imbécil. Hacía meses le causaba gracia el peculiar estilo conversacional de Opal Lindfors.

—Yo estaba en casa de Leif charlando a eso de las once y media, cuando… acudiste. Te envió Max… Asuntos de familia bien compenetrada. Te llevaste pruebas documentales, pero fué infantil. Yo quedaba vivo.

Opal Lindfors dobló repetidamente el índice en alto. El camarero

acudió:

—Tráigame un extracto de fresa, y para el señor un café doblemente puro.

Se alejó el camarero y añadió Opal:

—No he pedido un médico, porque me hubiera auscultado a mí. Si hemos de volver a pulsar el arpa de Eros, te sugiero que abandones el estilo difusamente enigmático. Se requiere ciencia y entrenamiento, Kern. No sabe hacerse el loco quien quiere, sino quien puede.

El camarero colocó las dos consumiciones, y Opal firmó el vale.

Kern Marlow se bebió el café con poco azúcar. Opal Lindfors tomó a cucharaditas golosas las fresas mezcladas con yogurt.

—¿Dónde estabas a las once, esta noche, llamita?

—Dicho por ti, eso me embelesa como oír «Symphony» interpretado al violín por un hermoso gorila. A las once más o menos, Fernando Lamas se hacía el Romeo con la pelirroja Arlene Dhal. Dicen que yo me parezco a la Dhal, en más grácil esbeltez. Hacia las doce, Lamas seguía haciendo el vaquero endomingado, y la Dhal, no teniendo nada mejor a tiro, se quedaba con él, para justificar el letrero «Fin».

—En el cine, ¿no?

—¿Cómo lo has adivinado? Tu perspicacia es legendaria.

—En el cine se entra con luz, para ser vista. Se sale a obscuras, y se regresa poco antes del letrero «Fin».

—¡Si a ti te da por ver películas con esa táctica, además de ahorrarte muchos tostones, practicarás aquello de que cada sensato con sus aficiones! Fíjate: os afeitáis muy serios, y el pelillo vuelve a salir. Otra vez a afeitaros. Eso es sensatez. Si yo…

—Conferencias sobre el frágil marco fronterizo entre las manías generales y las manías no clasificadas, no. Dices que estabas en el cine. ¿Cuál?

—«Paramount». Me gustan los espacios grandes y las sillas estrechas.

—Y tienes la taquillera, la acomodadora, algún vecino… y hasta la coartada. Cambiaste de sitio, porque un castigador en la penumbra…

—Eso es. Y ahora brinca furioso, porque darle la razón a un ebrio, es granjearse su amistad, pero dársela a un esquizofrénico

intermitente, es encolerizarle. Vamos a reunir la llave de Finch, el éter y mis nocturnas andanzas. Suma y sigue. ¿Resultado?

—Cass y Leif reunidos y con vida, suponían la bancarrota de los hermanos Lindfors. En el fondo tú odias a los hombres. Pero no pudiste matarme. Te limitaste a colocarme un tampón embebido en éter. Es la única explicación razonable que encuentro.

—Si ésta es la razonable, ¡cómo serán las otras! ¿Yo odio a los hombres? Si esta semana no hubiese hecho voto de no sonreírme siquiera, estaría ahora en plena epilepsia hilarante.

—Odiabas a Finch. Tú misma me confesaste que empleó un extraño chantaje para… En fin, y hablo muy en serio, Opal: sólo tú pudiste matar a Finch y narcotizarme a mí. Cualquier otra persona hubiese liquidado también al detective.

—Por lo que oigo, esta noche hay epidemia de truculencias incoherentes. Me voy a mi alcoba solitaria. Puedes acompañarme hasta el jalón permitido del pórtico inferior.

—¡Vamos! —aprobó Marlow. Pensaría en Max Lindfors.

Opal Lindfors dijo con exagerada languidez:

—Tu apasionamiento me estremece, león. Mi capa, caballero.

Colocó Marlow sobre los hombros femeninos una diminuta piel plateada.

Y siguiendo a la excéntrica hermana de Max Lindfors, recordó la máxima favorita de Pandy Gordon:

«Salomón fué el más sabio de los hombres. Y fué Salomón el hombre al que más engañaron las mujeres».

Sé adelantó para instalarse tras el volante del «Pontiac». Si Opal Lindfors le llevaba a una emboscada final, no quería estrellarse por el camino.

Al sentarse, advirtió ella:

—Quiero disipar cualquier enojosa interferencia entre nuestros fluidos imantados. «LowLow». Te tranquilizará saber que salvo poseer la facultad de Jerkill y Hyde, dos en uno, yo estaba en el «Paramount» de diez y media a doce, acompañada por la única persona que pese a ser periodista es enteramente digna de confianza universal: tu adorada Karel.

—¿Karel… Sutton?

—Sí. Mi única amiga. ¿O es que también la viste a ella repartiendo éter? Porque llaves sólo tiene la de su hogar ya de tu

corazonazo.

Kern Marlow puso en marcha bruscamente. Opal Lindfors aplaudió.

Karel Sutton confirmaría lo dicho por Opal. De momento, ella le serviría para entrevistarse con Max Lindfors…

—Hace tiempo que Karel suspira por tu amor exclusivo. Yo de ti, me casería lo antes posible con Karel.

Se extendió en reflexiones sobre las numerosas cualidades de Karel, y cuando los faros iluminaban el jardín con piscina, comentó:

—Mi hermano se indignará si se entera que dejé la verja abierta.

Paró Marlow ante el garaje situado entre la mansión y los pabellones de la servidumbre.

—Ondina y Tarzán —susurró Opal—. ¿Un baño, «LowLow»?

—De agua caliente. Vamos a despertar a tu hermano.

—¡Cielos, mares y tierras! ¿Vas a pedirle mi mano? Hace unos meses, casi te habría aceptado como dueño y esclavo.

—La llave —pidió Marlow.

—¿Cuál?

Impaciente se apoyó Marlow en la puerta. Rezongó, entrando:

—Tampoco cerraste esta puerta, llamita.

—¡Ésta sí, y en presencia del mayordomo! —afirmó ella, encendiendo las luces.

Dilató los ojos y abrió la boca…

Kern Marlow ahogó el incipiente chillido, enlazando a Opal Lindfors con brusquedad y atrayéndolo la cabeza contra el pecho.

No era agradable el espectáculo del tercer «pelele»: Mass Lindfors. Desarticulado. Y un mango de estilete abultando en el entrecejo…

CAPÍTULO XII

El teniente Wilson se limpió las gafas. Olaf Sörman acudió:

—Opal ha tenido que ser narcotizada, señor. El médico dictamina un desarreglo nervioso en «*shock*» que…

Agitó Wilson las gafas antes de colocárselas.

—Vaya con cuatro auxiliares a tomar posiciones en la casa playera de Nils Birger. Otros cuatro al exterior. Detenga a Nils Birger. Iré allá dentro de unos minutos.

A solas con Kern Marlow tardó Wilson en manifestar:

—Una faena excepcionalmente rotunda, Marlow. Sigue la pista de una institutriz, y la encuentra muerta. Busca a Lonigan, y amén. Visita a Finch, y otro tanto. Opal escapó de milagro. Su táctica es ultracientífica: llegar por eliminaciones sucesivas al solitario asesino, Nils Birger. Y me como un zapato, si lo encuentra, Olaf. Estará ya aproximándose al Canadá. Sobran pilotos civiles con avión alquilado a precio decente.

—Yo inicié una investigación, sin más dato que las dudas de Freya Birger sobre su vínculo familiar con Nils Birger. Las sucesivas muertes se produjeron fatalmente.

—Lo fatal será retirarle la licencia. Debió declarar, a partir de su visita a Sonia Bergson. ¿Cómo consintió el alcaide de Port Chester en facilitarle documentos oficiales?

—Obtuve una licencia especial del N.I.O.

Por encima de sus gafas, Clancy Wilson, bajas las cejas, comentó:

—Me está usted resultando un personaje. Ningún privado, aun dotado de la desfachatez que a todos caracteriza, obtiene legalmente una firma del Naval Intelligence Office.

—El alcaide telefoneó.

—Estos funcionarios abotagados… Vaya repasando la lista, Marlow. Allanamiento de morada, ocultación de testimonio en

asesinato, violencias en interrogatorio…

Abandonaba Wilson el vestíbulo de la mansión Lindfors. Entrando en el «Pontiac» de Opal Lindfors, prosiguió:

—Segunda ocultación de testimonio; confabulación, ante autoridad presente, con el que después fué asesinado, previamente maniatado por el inculpado…

Bajó Wilson del coche para entrar en el «Mercury» Kern empuñó el volante comentando:

—Envió ocho policías con Sörman, y éste tuvo la buena idea de ordenar que sacasen el «Mercury» de Max Lindfors.

—Esta vez se pasó de detective privado, Marlow. No es ya su licencia la que suprimirán, sino su circulación por algún tiempo. Su obligación era cumplir con lo rutinario. Yo, orientado por la muerte de Sonia Bergson…

—¿De veras, teniente?

Clancy Wilson se arrellanó más confortablemente, sonándose.

—En la habitación de Sonia Bergson recibí un matracazo en el cráneo —recordó Kern—. Llegué hasta Cass, por el accidente de Molly. Si fui a Port Chester se debió a que usted, esta mañana, aludió a la garantía personal que había dado Finch. Y éste quedó en confesarse antes de las tres.

—Y falleció sin confesar nada. Al menos, estando usted aquí, acaricio la ilusión de que encontremos a Nils Birger con vida, algún día.

—Estoy pensando que las dos vacantes del Patronazgo, representan una solución ideal para Gustav Spangler. Habrá nuevas elecciones, fiscalizadas por Spangler. Y los escorpiones mordiéndose entre sí, han dejado los Skan limpios para implantar la reforma y saneamiento.

La carretera 27 resultaba poética al claro de luna playero. Karel Sutton estaría ya dictando su gran reportaje en exclusiva, telefoneado desde la mansión Lindfors antes de llamar al teniente Wilson.

—He tenido alguna vez que bregar con agentes ultrasecretos, joven. Y han seguido siendo ultrasecretos. Llevo quince años de servicio en los Skan. No me incumbía indagar las cuotas protectoras impuestas por Birger y Lindfors. Me consideraría ofendido si usted persistiera en ser ultrasecreto conmigo. Me conoce hace años…

Habrá dado informes sobre mi corta inteligencia compensada con el máximo de honradez posible. Seguir conservando el secreto, me ofendería, joven.

Kern Marlow fué acelerando en la larga recta de las dos últimas millas antes de Babylon.

—Inconscientemente, me hubiese usted tenido contemplaciones, señor.

—¡Ajá! Lo celebro, Marlow. Porque así, poseyendo un cargo oficial, usted sólo arrostra las responsabilidades de su conciencia. Que como la mía, está opinando que las muertes de Lonigan, Finch y Lindfors, purifican los muelles. Un esqueleto en el armario lo consiguió.

Unos faros se apagaron y encendieron. Frenó Marlow.

Se colocó atrás el coche que venía en sentido inverso, y mientras el conductor maniobraba, bajó Olaf Sörman, para acercarse a la ventanilla que enmarcaba el busto del teniente Wilson.

—Vamos, vamos, no titubee —apremió Wilson.

—La casa está rodeada, señor. Pero Hank Truscoe y Joey Garland, al serles dado el alto, no obedecieron. Resultó herido de gravedad Milton, y menos grave Yeoward. Intimados a rendirse, siguieron disparando Garland y Truscoe. Han muerto, señor.

—Ésta es novedad aparte. Le envié a detener a Nils Birger.

—Ordené a los seis agentes restantes que permanecieran junto a los muros exteriores. Dos atendiendo a Milton y Yeoward. Por el megáfono intimé a Nils Birger. No contesta. Pero en la casa hay luces.

—Dele al acelerador, Marlow. Síganos, Sörman.

Segundos después, decía Wilson:

—No quiso exponerse a que Birger abriera también fuego.

—Puede que Birger está lejos.

—Si Truscoe y Garland le dieron al gatillo, no fué por afición.

Junto a la playa, había, otro coche situado tras el muro de la fachada lateral del chalet de Nils Birger.

Las banquetas del coche servían como provisionales quirófanos para los agentes Milton y Yeoward.

—Cojan el «Mercury», ustedes dos. Llévense volando a los heridos.

Marlow ayudó al transporte. Encaramado en el estribo del coche

policial, habló Wilson por el megáfono amplificado al máximo:

—Escuche con atención, Nils Birger. Cinco minutos para que salga por su pie. Me oye perfectamente, Birger. Cinco minutos para que salga por su pie. No volveré a repetir la invitación.

Consultó Marlow su reloj.

El susurro del mar tenía murmullos poco poéticos en aquel instante, pensó Marlow.

Se aproximó a Wilson:

—Yo no ofrecí minutos, teniente. Y Nils Birger disparará cuando transcurran los cinco minutos. No se dejará coger con vida.

—Usted es un detective privado, joven. Allá usted. Ninguno de mis hombres abrirá fuego hasta, dentro de… cuatro minutos.

Kern Marlow contorneó el muro, bajando hacia la playa. Abrazó una columna, y fué ascendiendo. Tocó el reborde de una terraza.

Al adherirse a la pared, lo hizo doblado hacia delante. La parte superior estaba encristalada.

La luz filtrándose caía oblicuamente.

Se arrodilló, para ir estirando el busto. Cuando sus ojos quedaban a ras de madera y cristal vió el interior de la galería y unas escaleras.

¿Nils Birger llamando a Truscoe y Garland, con la orden de permanecer en el chalet hasta su regreso?

¿Nils Birger al otro lado de la frontera, mientras Truscoe y Garland disparaban…?

Rompió un cristal, arañándose al asir la manecilla interior. Y al entrar, se apartó de la posible trayectoria procedente de las escaleras.

Tiró una estatuilla de bronce hacia los últimos peldaños visibles.

Faltaba medio minuto para el plazo dado por Wilson.

Quince segundos esperando, y por fin batió el record mundial de escalada y zambullida.

Las luces encendidas sólo iluminaban habitaciones desiertas.

Poco después el teniente Wilson, sonándose, vino a sentarse en el salón central.

—Échenle galgos a Birger. Reinsista en la rutina, Sörman. Aeródromos, puertos, carreteras, fronteras… Váyase cuando hayan recogido a Truscoe y Garland. Deje solo un agente al volante. Y consuma café a cargo del contribuyente. No duerme nadie hasta que

Nils Birger aparezca.

Kern Marlow regresó de su segunda inspección.

—Preparó concienzudamente su equipaje. No ha dejado nada que indique un viaje precipitado.

—Sin embargo, no lo anunció en la prensa, aunque entiendo lo que quiere significar, Marlow. Se preparó a marcharse apenas se decidió a matar a Lonigan. Y no es que el apetito le viniera comiendo, ni que perdido por un cesto, perdido por mil, sino que necesitaba sentirse a salvo, siendo el único en poseer su secreto. ¿No? —sonrió Wilson.

—No, y le consta. Si mató, sólo tendría un móvil: rencor vengativo, porque atribuyó a Cass y Finch el primer error, al no eliminarme y dejar que siguiera yo hurgando en el armario hasta dar con el esqueleto. ¿La muerte de Lindfors? Si bien estaban aliados por un secreto, eran rivales. Y aquí sí que viene lo de perdido por un cesto, perdido por mil. Tal vez le sorprenda, teniente, pero he de manifestarle que tengo sueño.

—Y yo. Pero no dormiré hasta que tenga indicios del paradero de Nils Birger.

Kern Marlow sólo pensó en Karel Sutton poco antes de sumirse en profunda modorra.

CAPÍTULO XIII

Gustav Spangler se dedicaba por entero a la reorganización de los patronazgos. No pudo evitar que Stan Rankin, Gibbs y Regan, el terceto ejecutivo a las órdenes de Max Lindfors, escaparan por poco a un linchamiento.

Maltrechos por la paliza administrada por numerosos perjudicados, confesaron los procedimientos por los que se había impuesto y se mantenía una cuota clandestina, obligando en algunos casos a la complicidad en toda clase de contrabando, al personal de descarga y estiba y tripulaciones.

Syd Cradock fué uno de los primeros en pasar a ser administrativo del nuevo equipo legalizado por el definitivo interventor jurídico.

El completo reportaje publicado por Karel Sutton mereció la reproducción en cadena y seriales. Tanto más prolongada su publicación y escucha, cuanto que iban transcurriendo los días sin que se hallase el menor indicio conducente a hallar el paradero de Nils Birger y su criado masajista Sven Lündorf. Opal Lindfors iba convaleciendo lentamente. No afectaba a su riqueza, el descubrimiento del origen de la fortuna de su hermano, por cuanto el delito en su secundaria acepción de monetario, había prescrito.

Igualmente, la hija de Axel Jensen, legitimada por Birger, heredaba a tenor de la misma ley de prescripción.

El teniente Wilson, al ser interrogado por la prensa, acerca de la captura de Nils Birger, replicaba siempre idénticamente:

—Como si la tierra se lo hubiese tragado.

Añadía la obligada frase de que era sólo cuestión de tiempo.

Y Karel Sutton empezaba a reclamar con creciente anhelo el «mes de paraíso» que había prometido Marlow, al término del caso Birger.

Hacía ya veinte días que el caso Birger había terminado, cuando

ella repitió:

—Estás preocupado, Kern. No eres el de siempre. Parece como si una idea desagradable te atormentara.

—Voy a tomarte por testigo de conciencia, deliciosa. ¿Qué dirías si supieses que Clancy Wilson es el asesino de Lonigan, Finch y Lindfors?

—¡Es horrible! Totalmente inadmisible, Kern… Por mejor detective que seas, me resulta desagradable la sola idea de que Wilson, un hombre con su irreprochable moral…

—Eso es. Te resulta desagradable solamente el pensarlo. Como a mí.

—Pero… Wilson…

—No, no es Wilson. Pero elegí la comparación. Hay pocos casos de asesinato por espiritual fanatismo. Felizmente, porque detener al culpable es cumplir con una exigencia social… pero ¿satisface de tener a una persona que mató a criminales?

—¿Fanatismo espiritual? —repitió Karel, dilatados los ojos.

—También venganza.

—¡Gösta Spangler! Quería mucho a su esposa. Meditó en la clínica, durante los días que allí permaneció. Podía andar, salir sin ser visto. Decidió vengar la muerte de su esposa, y a la vez librar los SkanDocks del terror impuesto por Birger y Lindfors. Pero… ¿por qué permitiste que siguiera publicándose la culpabilidad de Nils Birger?

—Porque mientras no apareciera, podía yo ir ordenando mis personales sospechas. Tomarás en cinta magnetofónica las dos conversaciones que voy a sostener. Desagradables, pero ineludibles. He arreglado las cosas de manera que puedas escuchar y registrar la conversación sin ser vista.

Freya Birger regresaba de una de sus largas permanencias con Gustav Spangler, que la había aceptado como secretaria.

Sonrió complacida, viendo al detective esperando ante su puerta.

—Buenas tardes, Kern. ¿Cuándo es la boda?

—Esta misma pregunta le hago. Aunque, naturalmente, la viudez de Gösta exige algún tiempo convencional.

En el «*living*» invitó ella:

—¿Un aperitivo?

Sentándose a un lado del pequeño bar, Kern Marlow denegó con la cabeza.

—Le veo preocupado, Kern.

—Por ti, Freya.

—Ya dije que no necesitaba más escolta, porque Nils Birger no volverá a Nueva York.

—Está en Nueva York.

—¿Cómo…? —Silabeó ella, sentándose frente al detective.

—En candad de esqueleto en un armario. Pero eso después, Freya… Yo no puedo guardarte rencor, si me empleaste como linterna. Yo te iluminaba el oscuro sendero.

—No entiendo —sonrió Freya Birger.

Seguía siendo una hermosa embustera, pensó Marlow, al decir:

—Sonia Bergson recibía cartas de un remitente con residencia en Port Chester. Te las leía como si fueran de papá Birger. Ella lo hacía para lograr que te encariñases con Birger, tal como quería Axel Jensen. Tú desconocías la existencia de Axel Jensen.

Freya Birger se arregló innecesariamente el cabello…

—Cuando Nils Birger fué a hacerse cargo de ti, sufriste una desilusión, sin confesársela. Aquel hombre no hablaba con la honda espiritualidad que en sus cartas palpitaba. Empezó a mirarte con apasionamiento masculino. Y decidiste vivir en otra casa. No hubiese sucedido nada, si tú, reconociendo a Sonia Bergson en la mujer que visitó a Nils Birger, no hubieses sospechado algo misterioso.

Freya Birger asintió, pestañeando.

Sin mirarla, Kern Marlow parecía leer en el trecho de alfombra entre sus piernas y las femeninas.

—Me pides que investigue, y quedo contratado para comunicarte los progresos hechos en mi pesquisa. Quisiste mucho a Sonia Bergson, para ti como una madre. Al yo comunicarte que en la muerte de Sonia intervino Cass Lonigan, experimentaste una fría furia. Fríamente calculadora, Freya.

Encendió ella un cigarrillo con manos firmes. Lo tendió a Marlow, que exhaló humo, y prosiguió:

—A tu regreso, encuentras a Cass con las manos vendadas. ¿Le citaste a solas en cualquier lugar cercano al hangar sexto de los

Skan? Estuviste sola, sin escolta, desde que se fueron Bradley y Cass, hasta que se presentó Syd Cradock. No empleaste la seducción con Cass, porque era refractario. Le golpeaste sin dificultad, con fría saña, pensando en la pobre Sonia. Y regresaste a casa, donde te encontró Cradock esperándole.

Freya Birger fumaba silenciosamente, mientras, aplastando en el cenicero el perfumado «Muratti», se disponía Marlow a aspirar el humo de su «Cavalier».

—Te indiqué que Leif indujo a Lonigan. Y para no intranquilizarte, si leías la noticia de mi muerte en accidente de coche, telefoneo antes de disponerme a visitar a Leif, como telefoneé a Karel. ¿Te había dado Leif una llave?

Denegó ella con la cabeza.

—Una ganzúa se obtiene fácilmente… Me olvidaba… Pudiste encontrar en el bolsillo de Cass Lonigan varias llaves. Y estuviste escuchando mi acusación. Oíste cómo se desvelaba el misterio… Cómo Leif, Lindfors y Birger abusaron de la lealtad de Axel Jensen. Cómo éste murió… Un hombre que escribía cartas maravillosas, a quien no conociste en persona, pero a quien amabas con todas tus fibras filiales, porque sus cartas contenían bondad, afán de ternura, idealismo… No querías que yo me llevase a Leif. No querías matarme… Con el éter que sabías era droga empleada por Opal, conseguías tenerme un par de horas privado de sentidos. Mientras, tú empleabas los tuyos para conseguir que Max Lindfors experimentase la misma lenta agonía que los otros dos.

Aplastó Marlow su cigarrillo. En aquellos momentos le sabía a hiel.

—Veintidós años sin más afecto que el de Sonia Bergson en tus primeros pasos, y luego el cariño creciente hacia el padre que escribía cartas tan emotivas. Cartas que creías eran de Nils Birger. Éste era el principal culpable. Y tenía que morir, pero no debía ser hallado como los otros tres. Esto supondría la anulación de la teoría de que era Nils Birger, fugitivo escondido, el autor de las tres muertes.

Freya Birger en pie, escanciaba coñac en una copa. La tendió a Marlow, que la apuró lentamente, mientras ella bebía también el aterciopelado «Curvoisier».

—¿Telefoneaste a Nils, citándole? Syd Cradock recuerda

perfectamente que la noche en que murieron Leif y Lindfors, le invitaste con Dorna a beber una combinación sabrosa. Durmió como un tronco. Y sabías que el taxi amarillo de Pandy Gordon rondaba. Saliste sin ser vista. Yo no pienso entregarte a la policía, Freya… Tendrás doce horas para irte lejos. Yo no te entregaré a la policía por las muertes de Lonigan, Finch, Lindfors… Sven y Birger.

Fruya Birger, cerrados los párpados, habló con voz triste:

—Tuve que hacerlo, Kern… Necesitaba un detective hábil. Yo sola no podía encontrar la solución de mi misterio. No puedes entregarme a la policía, Kern. Acertaste al describir mis estados de ánimo… Pero, además de vengar a Axel Jensen, yo quería vivir…

—Humano… ¿Cómo pudiste traer hasta tu casa a Nils y Sven?

—Fui a Babylon, después de escupirle mi odio a Max Lindfors. Me recibió Nils Birger con gratitud. Le había yo telefoneado diciéndole que, muerto tú, yo renunciaba a seguir investigando lo que podía ser mi ruina material, porque el dinero… Quería huir con Birger, le dije. El admitió que estaba ya preparado a marcharse, pero esperaba conocer la solución que Finch y Lindfors darían a las muertes de Sonia y Lonigan. No fué dificultad aplicarle el éter, porque pretendió… abrazarme. Y Sven Lündorf salía con las maletas, para colocarlas en el portaequipajes, cuando le golpeé. Los coloqué a los dos cubiertos con una manta en el espacio del asiento posterior. Su coche lo abandoné en el crucé de carreteras de aeródromo y muelles. Me llevé en mi coche el equipaje y… ellos dos.

Kern Marlow, cogiendo el frasco de coñac, se sirvió generosamente. Lo necesitaba… Manifestó:

—Encomendé a Pandy Gordon el vigilar la duración de tus entrevistas con Spangler. Aprovechaba las ausencias de Dorna, en sus compras y visiteo, para registrar tu casa. Tardé en dar con el escondrijo. Fueron unas gotas de cal las que me orientaron. Encontré los dos cuerpos comidos hasta la osamenta por la cal viva, en el sótano.

—Yo pensé dejar que la justicia humana castigase… Pero muerto Lonigan… pensé que la justicia humana no me saciaría. Habían matado… más que a un ser humano… que se sacrificó por lealtad y por mí… Habían matado mi ideal de padre, que no podía tenerme a su lado, porque invertía todos sus días en la creación de una

riqueza, que luego me daría con su espíritu entero, cuando por entero pudiera dedicarse a hacerme dichosa… Y maté con encono, cruelmente complacida…

—Planeando con frío cálculo, Freya.

—Correspondiendo al de ellos.

—Pero empleándome a mí como desbrozador en la selva intrincada.

—Sólo así… Sólo en ti podía confiar… Me has prometido doce horas, Kern. Sé que podré convencer a Gösta, para que conmigo se reúna en cualquier sitio lejano…

Kern Marlow dijo cansinamente:

—No te entregaré a la justicia por las muertes de Lonigan. Finch, Lindfors, Birger y Lündorf. Aunque tuve tiempo de hojear tus lecturas. Freya. Una extraña biblioteca particular… «El asesinato considerado como un Bello Arte», «¿Por qué es imposible el crimen perfecto?»… Obras clásicas. Decidiste que sería un crimen perfecto tu venganza.

Levantándose, se aproximó Marlow a un estante. El primer rimero de libros eran obras poéticas, «sagas» nórdicas. Presionó un botón y tras el primer rimero corrió el panel de madera.

Había otra fila de libros. Cogió uno voluminoso, pero de pequeño formato.

Tapas de piel amarilla. Leyó en voz alta el título:

—«Manual de Toxicología», por el doctor Vibert. No te entregaré a la policía por las muertes de cinco criminales, sino por haber estudiado con ahínco las páginas referentes a una especialidad de setas. Hay entre la página 112 y 113 una tenue rayita aglomerada en la unión de las páginas. Ceniza de lector absorto… Las páginas 112 y 113 hablan del grupo amanita muscarina. De la especialidad «pantherina».

Al volverse con el manual de Toxicología cerrado, miró tristemente a la que le encañonaba con un revólver.

CAPÍTULO XIV

—Es horrible, Kern… pero tengo que hacerlo…

—Esta revólver lo dejas siempre en un compartimiento del bar, Freya. No tiene balas… ahora.

Freya Birger presionó repetidamente el gatillo, y seguía presionándolo cuando Kern Marlow, asiéndola por los hombros, la forzó a sentarse.

Su voz ya no era compasiva:

—Recordé una frase tuya. No había equívocos en tu interés por Gösta, pero éste había dicho qu3 de no estar enamorado de su esposa, se hubiese divorciado para casarse contigo… Tú cuidabas mucho de Gösta. Le encontraste muy nervioso hace unos meses. Debía permitirte que le inyectaras un tónico.

Sentándose, añadió Marlow:

—Extracto químico del alcaloide «pantherina», inmunizando lentamente a Gösta sin que éste lo supiera. Le dijiste que no debía emplear los condimentos de vinagre y sal corriente. Propagadores del alcaloide hasta el corazón. Un crimen perfecto, Freya. Inyectaste el alcaloide en las setas adquiridas por Elsa. Y quedaba totalmente exculpado Gösta. El pobre está horrorizado. No consigue creerlo… Ha admitido las inyecciones, que en un principio le causaron molestias en la circulación venosa: ha admitido la prohibición de sal común y vinagre… Ha leído lo que explica en este manual el especialista doctor Vibert… Dicen algunos que el amor justifica todos los crímenes. Pero yo no soy partidario de esta teoría. Tus garras de «pantherina» elaboradas lentamente, como un científico ensayando sobre cobayos… Éste es tu crimen imperdonable, Freya. El testimonio de Gösta, este manual, tu pequeño laboratorio químico… destruido pero con restos identificables en la cal viva que amortajó a Birger y Lündorf… Si la humana justicia encuentra alguna atenuante, yo no… ni Gösta, que por vez primera

experimenta odio.

—¡No! ¡Él no puede odiarme! Yo sufría viéndole unido a una mujer que no era digna de su amor, porque no tenía intelecto, ni… ¡Kern! Mi fortuna entera… Lo que quieras, Kern…

Sonándose, entró en el salón el teniente Clancy Wilson. Y más atrás, Gustav Spangler miraba con horror y odio…

Freya Jensen cogió su pitillera, Clancy Wilson dijo:

—Es lamentable exponerlo, pero si bien Axel Jensen quiso regenerarse, no pudo impedir legarte un cerebro tortuoso, Freya Jensen. Que Dios se apiade de tu alma, porque en la tierra ya no hallarás paz espiritual.

Una frase solemne que en labios del teniente Wilson adquirió mayor inexorabilidad.

Lo cual no impidió que cogiera por los codos al que se abalanzaba.

—No, señor Spangler. Usted tiene una misión que cumplir, y yo también. Usted a su tarea de purificar los muelles, yo a la de evitar que se siente usted en el banquillo acusado de la muerte de esta viborilla.

Freya Jensen eligió cuidadosamente un cigarrillo. Lo encendió en la llamita del mechero que presentaba Marlow, sosteniéndole con dos manos la diestra cerrada en torno al aparato.

Y, apretando significativamente, susurró:

—Gracias, Kern. Hasta el último instante has sido justo.

Era hermosa la muchacha que mostró los dientes blanquísimos, mientras parecía morder algo duro contenido en el cigarrillo. Y que declaró, sin mirar a Spangler:

—Yo no tendría el valor de Axel Jensen. No soportaría años y años de prisión. Pensé muchas veces que si algún día… tuviese que rendir cuentas… las amargas almendras… su aroma amargo… Mi pequeño laboratorio… solitario… sola anhelando amor… que tú, Gösta… sólo tú…

Se aferró a la mano que tendía Marlow:

—No quisiste… entregarme a la policía… y has cumplido, Kern Marlow… No debí elegirte como… desbrozador… Que Dios…

Kern Marlow mantuvo en pie, abrazada, a la que muy quieta se convertía en fría estatua.

—Que Dios té juzgue, Freya… Tu alma ya no está a solas.

La tendió en el diván, y se incorporó llameantes los ojos.

—¡Sí! ¡Sabía que en su pitillera un cigarrillo contenía la cápsula de cianuro! ¡Sí, teniente Wilson!

Clancy Wilson dijo, escuetamente:

—Desahóguese, muchacho.

Gustav Spangler cesó de exteriorizar odio y horror. Cerrando los párpados de Freya Jensen, murmuró:

—Ella eligió su senda, ella eligió su final.

Syd Cradock se enderezó, mascullando amenazador:

—Se acabó la partida, Chum. Ahueca.

Recogiendo el taco abandonado, propuso eufórico Marlow:

—Diez pavos a quince de golpe, mastodonte.

—A ver los diez pavos.

—Tú sales… Salimos los dos, Syd. Yo invito.

—¿A qué? —inquirió, receloso, Cradock.

—¿Eres o no eres un cosaco? ¿Somos o no dos cosacos?

—Oye, tú… ¿qué nuevo lío te traes ahora, tío chismoso?

—A beber, a beber, y apurar la copa de licor… Un Cosaco sólo está triste. Dos cosacos juntos, ¿comprendes? No puedo emborracharme, Syd. Y una vez te vi beber, y me emborraché sólo viéndote. Yo invito.

—Pero encerrados en un cuarto, tú. Después romperíamos…

—Nada de romper, Syd. ¡Destrozar!

En su habitación, al descorchar el segundo frasco, farfulló Cradock:

—Tienes una jumera de espanto, cosaco. Té cargas como… un cosaco.

—Ella lo hizo por amor, ¿sabes?

—¿Quién es esa ella? Porqué Karel vino a decirme que os casabais mañana… figúrate que me invitó… Para echarte arroz. Y estoy pensando que si entre el arroz, te coloco algo para traerte suerte… Una herradura.

—Eres grande, Syd.

—¿Verdad? —admitió, orgulloso, Cradock—. Comprendo que en esta despedida de soltero, quieras empaparte. Se acabaron ya las faldas… ¡Tú! ¿Qué has puesto en mi copa?

—Pura pimienta, Syd. Necesito pelear con alguien, a gusto. Para dormir horas, largas horas, con el cuerpo bien molido.

—Vaya trompa. Mira, no me eches pimienta…

—En el fondo te he querido siempre, Syd. Porqué eres un bruto integral. Si matas a alguien es de cara, a trompazo limpio, sin leerte manuales.

—¿Manuales? Me leí una vez uno que trataba de cómo llegar a millonario. Oye, era infame el tío chismoso aquél… Venga hablar de constancia, perseverancia, y otras que tal… Pero ni media sobre cómo salir de un Banco, sin matar a ningún desgraciado oficinista, forrado hasta las cejas… ¡Tú! ¿Qué me has echado en el cogote?

—Polvos de picapica. Antes de recogerte, pasé por la tienda esa que vende sorpresas.

Rascándose, se puso en pie Cradock, tambaleándose. Kern Marlow batió palmas, canturreando una danza oriental.

—Cuidado, tú —advirtió Cradock—. ¡Una cosa es ser cosaco…!

—Hagamos las paces. Huele este clavel, Syd.

Syd Cradock aproximó las narices a la solapa de Marlow. Un chorro de agua le inundó los ojos.

—Tercera sorpresa, Syd. El clavel vaporizador. Vamos por la cuarta, cosaco.

—¡Ésta es la cuarta! —chilló, entusiasmado, Cradock, levantando una botella y bajándola hacia el cráneo de su compañero de diversión.

La botella se estrelló sobre la mesa, y Cradock aún, nublada la vista, gritó:

—¡Viva la viuda en la noche antes de casarse!

Arrodillado, Kern Marlow desparramó la sangre de una vejiga de conejo sobre la mesa. Y murmuró:

—Asesino…

—¡Kern, hombre! ¡No seas así! Tienes el cráneo duro. No me salgas ahora con que se ha rajado…

Se inclinó y, alzando la mano, Marlow le aplastó un «cucurucho de sorpresa» sobre la cabeza. Syd Cradock vió resbalar el líquido pegajoso, rojizo…

—Nos estamos muriendo, Syd. ¡Quinta sorpresa! Es grosella.

La sexta sorpresa los dejó abrazando respectivamente una silla derribada y la volcada mesa. Molidos de cuerpo, durmiendo agotados de físico cansancio y por la agitación del alcohol sacudiéndose en sus estómagos. Lo cual no obstó para que a la

mañana siguiente, Syd Cradock fuera a echar arroz a los desposados. Mirando a Karel, tanteo la herradura. No necesitaba suerte Kern Marlow. La acaparaba teniendo por esposa a Karel Sutton.

FIN



Desde que la poderosa empresa de motores aceptó los planos del nuevo avión, Wilt Legg vivió bajo constantes amenazas...

Así se inicia el argumento que

A. ROLCEST

desrrolla en su última novela, titulada

FLECHA DE PLATA

¡En plena civilización se vió obligado a adoptar la salvaje táctica de la jungla, devolviendo golpe por golpe!

FLECHA DE PLATA

Un relato apasionante que

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

le ofrecerá la próxima semana

Precio de venta: *5* ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ÚLTIMOS VOLÚMENES PUBLICADOS

A 5 PTAS.

COLECCIÓN "BISONTE"
444. — F. M. Dayne
TITANES DE LA PRADERA

COL. "SERVICIO SECRETO"
308. — Peter Debry
LOS ESQUELETOS DEL ARMARIO

COLECCIÓN "BÚFALO"
141. — Raf Segrram
UNA BALA POR OTRA

COLECCIÓN "PANTERA"
78. — A. Rolcest
HONDEROS DE FUEGO

COLEC. "SALVAJE TEXAS"
9. — Meadow Castle
TRAGEDIA EN ARIZONA

COLECCIÓN "PRACTICA"
ENTREMESES, FIAMBRES Y BOCADILLOS

A 5'50 PTAS.

COLECCIÓN "PIMPINELA"
503. — Víctor Sanmartín
ESCALA EN CALCUTA

COLEC. "MADREPERLA"
399. — Armando Sandoval
AYUDAME A VIVIR

COLECCIÓN "ROSAURA"
343. — María del Carmen Rey
ALTAS CUMBRES

COLECCIÓN "AMAPOLA"
229. — Laura Tur
EL VERDADERO CAMINO

COLECCIÓN "ALONDRA"
182. — Carmenchu G. González
RUTH, LA LOCA

COLECCIÓN "CAMELIA"
123. — Ana Marcela García
SIEMPRE CONTIGO

COLECCIÓN "ORQUIDEA"
93. — María Teresa Sesé
CUANDO MENOS SE PIENSA

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona • Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



¿Acaso ignora usted, amigo lector, que PARA SER ESCRITOR hace falta algo más que simple vocación?

He aquí un sugestivo y utilísimo libro, que le enseñará todo cuanto debe hacer

PARA SER ESCRITOR

Merced a su contenido, conocerá usted las cualidades esenciales que debe reunir un buen escritor: interés y originalidad, el vigor de las imágenes, cómo crearse un estilo propio, desarrollo de los temas, formas literarias desaconsejables, etc., sin todo lo cual no es posible llegar a destacar en la moderna literatura

No deje de adquirir PARA SER ESCRITOR, que pensando justamente en usted, que desea serlo, ha publicado ya la popularísima

COLECCIÓN PRÁCTICA

Precio de venta: 5 ptas.

DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSKOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





Un nuevo episodio del formidable

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

ofrece a todos sus lectores la popular

Colección DAN

Adquiera esta misma semana

EL PLANETA HAMBRIENTO

¡La más apasionante y singular aventura del héroe del espacio!

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

Magníficos cuadernos ilustrados que aparecen quincenalmente

Precio de venta: 1’25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

CUALQUIER MOMENTO ES BUENO...



...PARA LEER

El DDT

LA PUBLICACION MAS DIVERTIDA DE TODOS LOS TIEMPOS

SOLO CUESTA 2 PTS.

¡UN LIBRO INOLVIDABLE!



NO SERAS UN EXTRAÑO

¡El mayor éxito literario de los últimos años en Estados Unidos!

¡La más sensacional película realizada últimamente en Hollywood!

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson*, que ha permanecido durante 18 meses a la cabeza de los bestsellers norteamericanos

¡Una ocasión única para usted!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA





Un nuevo episodio del formidable

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

ofrece a todos sus lectores la popular

Colección DAN

Adquiera esta misma semana

EL PLANETA HAMBRIENTO

¡La más apasionante y singular aventura del héroe del espacio!

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

Magníficos cuadernos ilustrados que aparecen quincenalmente

Precio de venta: 1'25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA



¿Ha adquirido usted ya los primeros números de la nueva serie "EL CAPITAN TRUENO"?

¡No pierda un solo instante!

Acaba de aparecer el tercer episodio, titulado

¡AL ABORDAJE!

Aventuras de un caballero español en lucha con los infieles por la posesión del Santo Sepulcro

EL CAPITAN TRUENO

Un nuevo éxito de la formidable

COLECCIÓN DAN

Precio de venta: 1'25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

LLUVIA DE ESTELLAS



N.º 287 Nació el 28 de agosto de 1921 en Buenos Aires y se trasladó, siendo muy pequeño, a España. Entre sus principales películas, destaca "La otra vida del capitán Contreras". Está casado, desde 1945, con M.ª Dolores Pradera.

Foto SUEVIA FILMS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: $4

NOTAS

[1] La expresión «esqueletos en el armario» significa entre anglosajones y escandinavos, los secretos del pasado que no siendo conocidos, se guardan ocultos íntimamente. < <

[2] C.I.D.U.S.A.: «Criminal Investigation Detective United States Army». Cuerpo de detectives con jurisdicción única en los asuntos criminales relacionados con los muelles. < <

[3] En argot EE. UU., aficionado entusiasta apócope de fanatic. < <